



**ALBERTO
JIMENEZ
URE**

[SUICIDIOS]

*Universidad de Los Andes,
Dirección de Cultura, O
Mérida, Venezuela.*

Para un lector desprevenido, *Suicidios* podría ser un ejemplo extraordinario de locura escrita. En este libro, el autor de *Acertijos de nuevo* insiste en narrarnos absurdos sucesos. Aun cuando llevar la Literatura a extremos inimaginados es un riesgo que pocos asumen, el autor de este volumen hace -una vez más- de lo incidentalmente inaudito un postulado rígidamente por cierta lógica metafísica. De cualquier modo, estamos frente a un empírico filósofo de ficciones.



IMPRESION: TALLERES GRAFICOS - ULA - MERIDA

Anverso y reverso de la portada
(UNIVERSIDAD DE LOS ANDES)

Venezuela

1982

**ALBERTO
JIMENEZ
URE**

SUICIDIOS

**UNIVERSIDAD DE LOS ANDES
DIRECCION DE CULTURA, MERIDA - VENEZUELA, 1982
SERIE REVISTA ACTUAL**

PORTICO

Se dice que el mejor amigo del escritor que tiene un poco de amor propio (aquel cuya literatura afirma su existencia física) es el cesto para la basura. Sin pretender juzgar la licitud de semejante conjetura, me uno a quienes han elegido la norma de podar su producción y llevarla a la mínima expresión cuantitativa. Y admito que, pese a haber elaborado quizá más de dos centenares de relatos, me ha producido infinito placer la destrucción de la mitad de ellos. Sucede que todo hacedor, especialmente el de ficciones, comprende cuánto se repite a sí mismo en respuesta a los dictados del subconsciente o la pre-cognición.

Por las causas explícitas en mis especulaciones precedentes, procuro no abultar en exceso cada volumen de cuentos que deseo publicar. Así, este libro de (a veces) crueles ficciones se ajusta al calificativo de breve.

JUDDIE

Jamás la historia absolverá la impostura que narraré, *mi propia impostura*, porque todo hombre que repudie a *La Lógica* deberá proceder según la naturaleza dicta: *y no recomendar la abolición de la existencia para salvarse, en caso de resucitar, de experimentarla nuevamente*. No pretendo proferir, a través de un relato, y para desconcierto del lector, una *tesis* capaz de un suplir el *antinacimiento* filosófico de Cioran (E.M. Cioran). Esta historia fue, lo anuncio con pánico, una premonición de mi abuelo que, como buen escritor, dejó sus manuscritos a la posteridad. Yo sólo la representé; fui un instrumento del destino, y hoy un plagiario al contarla. En mi familia, agregaré, los ejercicios de *prognosis* no son infrecuentes.

Sucedió poco después de mi renuncia (como estudiante) a la *University of Harlingen*, en Texas, a mediado de 1952. Los estudios de periodismo, los formales, me aburrían. Prefería leer a Descartes y no a Taufic, genio de la *comuni-*

cación social. Mi deserción a la escuela responde a mi exigua tolerancia hacia el conductismo, mi claustrofobia y quizá también a mi autosuficiencia.

En aquel recorrido aéreo, de regreso a Venezuela, pensaba en mi prima Juddiee. Su imagen desnuda, la que una vez ví por la entreabierta puerta y desde mi cama, volvía en forma de film. Me deleitaba con su cintura de rubí, con sus bonitas nalgas, con sus tiernos pechos. Sentí, entonces, la rigidez de mi *miembro* entre las piernas: y esa angustia metálica, inexplicable en idioma alguno, que suscita en mi *Ser Físico* eyaculaciones precoces. Aunque no soy insaciable, soy inagotable. Culmino en un *clímax*, en un espacio finito, pero segundos más tarde vuelvo a la desesperación. Quiero, quise y querré urdir la piel de mujeres parecidas a ella. Perdóneme, amigo lector: es una incivilidad, de mi parte, que lo entretenga con mis anécdotas pasionales. Proseguiré:

—Me hospedé en el *Hotel Adriana*, en una elegante zona de Caracas. Dormí bien a partir de las 7 p.m. A la mañana siguiente, otro avión me llevó a Mérida. Llovía, abruptamente, y aterrizamos casi por un milagro. El frío helaba mis orejas. Alquilé un auto pequeño, de fabricación alemana, y me dirigí a la casa de mi prima. Me atendió Tía Casandra.

—*Juddiee ha muerto, sobrino* —me dijo, presa de los sollozos, con voz entrecortada.

Sentados el uno frente al otro, en silencio, bebimos el té que Mariana (la esclava) nos trajo. Me sobrevino, de pronto, una calma gris como el color de las calles. Me invadió la pesadumbre, el ensueño, el hastío...

—Entró a la muerte y se hizo luz —pronuncié en voz baja, y miré a Casandra.

Entristecida por los sucesivos infortunios, tía Casandra me informó respecto a los detalles de la muerte de Juddiee. Me juró que aún percibía el olor de sus cabellos. Rápido, me dibujó un mapa e indicó el lugar donde fue sepultada.

La luna estaba llena de luz. El frío surcaba mis labios. Se trataba de un novísimo e inhabitado cementerio. Me di a la tarea de profanar la tumba. Cavé, sin interrupción, largo tiempo. Sudado, víctima de la angustia y el frío, me abracé al cadáver: a ese cuerpo indefenso, pálido, endurecido. El ambiente era fumoso. Con fruición, mordí sus pechos. Sabían a frutas. Lamí, con igual efusión, su vagina. Sin saciedad, sin fin, penetré con profundo amor: una y otra vez, hasta lo indivisible. Yo no me movía y nuestras sombras se proyectaban en un firmamento inenarrable. La noche era mi cómplice silencioso, apacible...

Hoy, querido lector, condeno a la moral. A mi juicio, todo hombre inteligente lo es porque se procura el placer: y no merece pagar, por ello, un precio infame. El placer y la sabiduría se unen contra lo censurable; así como el roce entre metales produce aceleraciones atómicas, el contacto entre dos sexos precipita la purgación de las pasiones. Usted, a diferencia de mí, es un cobarde: se masturba con horror y vergüenza. Yo no. Soy libre, pese al encierro que me ha impuesto la sociedad. Soy grande, pese al castigo que asumo. Ignora usted, además, que volaré en cada pájaro mientras Dios me conceda existencia.

MITO DEL OCIOSO

Un pozo de petróleo abandonado contó a un espectro igual desamparado, en trance *extraconsciente* y al final del siglo XX, que un anónimo monje le anunció la aparición de un individuo cuya única actividad sería el ocio. La historia que esta lámina de oro tolerará comenzó durante la segunda década del siglo XXI, en Tía Juana (Campo Petrolero del Estado Zulia - Venezuela).

Nuestro inamovible sol se ufanaba de su calor, de su luminosidad. Al fondo, más allá de las casas, un dique se erguía. Un viento caliente, que hielos los huesos, golpeaba las mejilas de *El Ocioso*. Al frente, *El Pozo* lo escrutaba. Las iguanas corren, velozmente, casi enloquecidas por la persecución de una gata, entre bajísimos arbustos y barro. Es una probable primavera. El hombre se masturba, solitario y triste.

—Eseúchame, pozo —imploró *El Ocioso*—, luego de una autoprovocada interrupción—. *Mi sémen* es superior a tu *sémen*. Es el *principio de razón sufi-*

ciente de la creación. Podría yo fecundar a *La Nada* que, a su vez, reproduciría quizá infinitos seres idénticos a mí. Tú, en cambio, eres infecundo. No niego que nuestra extinta especie extrajo de tu *sémen* gasolina y aceite. Hasta cepillé mis cabellos con algún objeto forjado de tu *Ser Físico*. Pero, óyeme: tienes que darte cuenta de que, ulterior a mi eyacuación, el Universo surgirá.

Lo que cuento no es falacia. Soy el espectro abandonado. Soy la perpetuidad y pertenezco tanto al pasado como al presente y el futuro. Soy toda luz en la obscuridad. Soy lo *fatucircundante* y también la virtud. Yo testifico que, cuando *El Pozo* observaba la eyacuación de *El Ocioso*, innumerables eriaturas humanas entraron a la vida y se propagaron por el mundo. Las mujeres y los hombres hablaron y dijeron que el futuro les deparaba maravillosos imperios, riquezas y placeres. Entonces, del charco de *sémen* brotaron elevadísimos raseacielos; vi automóviles, smog, barriles de licor, ludios, suicidas, criminales, leyes (...). Experimenté estupor. Jamás olvidaré aquello.

Antes de eyacular cuanto existe y existirá, *El Ocioso* pronunció las siguientes palabras a *El Pozo*:

—Mírame, bellaco. Mis cabellos se erizan como lo harán los de mis hijos. Mis manos se apresuran a moverse como se apresurarán las de mis hijos. Mi cabeza reventará; del mismo modo, estallarán las de mis descendientes. Siento que el placer llega a a mi cerebro. *Saltad, hijos míos; sentencio que sedáis mi imagen y semejanza...*

MITO DE LA MUERTE

Un hombre está atado a un árbol. Al fondo, varias cruces postulan la evidencia de un *camposanto*. La ausencia de pájaros es absoluta. Sólo neblina, frío y el sol del ocaso permiten un registro narrativo. Veo a un verdugo fustigar al inmóvil convicto. Su rostro es de satisfacción. La *víctima* tiene la certeza de que entrará a un supremo mundo. Su conjetura no es compartida por un caballo tallado en una enorme barra de oro. Tampoco es admitida por la luna que, cual guerrero en ardua batalla, empieza a dominar al sol. El asesino permanece amarrado por la cintura de frente al ejecutor, desnudo, sudoroso, y no puede ni arrodillarse. Asume un dolor que se inicia en las facciones del verdugo, surca el espacio vacío a través del látigo y hace blanco en su pecho.

—*Maldito seas* —murmuró el ajusticiado.

El caballo se pone firme y relincha. Su flexibilidad es inimaginable. La penumbra invade todo

cuanto existe. No se oyen llantos. El dolor parece encubrirse en la dicha: *en un sordo placer*. Me doy cuenta de que el potro muerde una espada de rubí. El individuo que tolera el castigo se retuerce al compás del silbido del viento.

—*Soy la vida, la otra orilla* —proclamó el solípido.

El verdugo protege a una justicia ciega con una obediencia supranormal. En nombre de la Ley, la muerte. En nombre de la patria, la tortura. El convicto eleva su mirada hacia la luna. El látigo prosigue, implacable, preciso como un elemental enunciado aritmético que dicta: *Si A es igual a B y B es igual a C, A será igual a C*.

El enunciado agoniza. El caballo atraviesa, con su filosa espada, el cuerpo del funcionario. Minutos después, el ejecutor muere. El frío no decrece. El caballo se zumbó a un veloz galope rumbo a la *perpetuidad*, a lo insondable.

En el firmamento quedó impreso un *acertijo*. La medianoche sucumbió. La penumbra cedió. El frío heló mi nariz. Yo dormía al pie del infinito, mientras un regio calor se asomaba. A un árbol atado, un hombre yace. Varias cruces, al fondo, postulan la evidencia de un *camposanto*.

MORIR ES FINITO

Yo pretendía refugiarme de mi pasado en el *Parque Tibisay*; el viento soplaba fuertemente, olía a cenizas y el ruido de los autos me hipnotizaba. Mi pasado, cada uno de esos instantes de sorda desesperación ante la existencia, había sido presagio e invención. Algo inexplicable, que me ha murmurado siempre certezas al oído, proclamaba presentes de dicha para mí. Presentes infinitos, inenarrables.

Entonces sucedió que una mujer enana, de grandes e inquisidores ojos, surgió frente al banquillo donde yo meditaba. Mirándome, declaró:

—Quien de la justicia se oculta en la soledad se pudre, su voluntad decrece, de la dignidad se inhibe y al final sucumbe.

La observé, me levanté lentamente y miré en derredor. El viento silbaba. Hojas secas sobrevolaron mi cabeza. Experimenté excesiva rigidez en mis músculos. Me senté y repliqué:

—No me oculto de la justicia. Lo hago del dolor: la soledad me duele.

La enana sonrió. Extrajo de su bolso, un saco gris tejido a mano, una reluciente navaja. Me la extendió:

—Córtate las venas —dijo y partió rápidamente.

De nuevo, quedé solo en el parque. El viento cesó. Una calma indiciosa, cruel, suplió todo movimiento anterior. Me angustié, caminé hacia la avenida. Volví. Me corté las venas y esperé la muerte. Oía el canto de chicharras mientras me apagaba. La mujer enana regresó ante mí:

—*Es dulce morir, ¿cierto?* —sentenció.

—Morir es finito —dije, moribundo.

El mundo enrareció. Me desplomé en el banquillo, débilmente. La mujer enana se inclinó para verme los ojos. Mi cuerpo irradió luz. La luz se propagó por entre los árboles y empezó a llover. Llovía diamantes menudos, bajaba de las montañas una densa neblina y algunas perdices caminaban sobre mi cuerpo. Los minerales se multiplicaron, como células, y yo levitaba. La navaja embistió contra la mujer, una y otra vez, abriéndole el pecho. Arrastrándome, alcancé su *Ser Físico* y chupé la sangre de sus heridas. Estaba aún caliente y viva.

Segundos después, vi cómo de mis muñecas desaparecían las heridas y unas manos moldeaban mis pómulos. Me di cuenta de mi imposibilidad para moverme, respirar o hablar. Las manos proseguían dándome forma, a juzgar por la cautela con que me tocaban. A mi lado igual una mujer enana, rígida, con una navaja clavada en el pecho, era moldeada por otras manos.

La enana sonrió. Extrajo de su bolso, un saco gris tejido a mano, una reluciente navaja. Me la extendió:

—Córtate las venas —dijo y partió rápidamente.

De nuevo, quedé solo en el parque. El viento cesó. Una calma indiciosa, cruel, suplió todo movimiento anterior. Me angustié, caminé hacia la avenida. Volví. Me corté las venas y esperé la muerte. Oía el canto de chicharras mientras me apagaba. La mujer enana regresó ante mí:

—*Es dulce morir, ¿cierto?* —sentenció.

—Morir es finito —dije, moribundo.

El mundo enrareció. Me desplomé en el banco, débilmente. La mujer enana se inclinó para verme los ojos. Mi cuerpo irradió luz. La luz se propagó por entre los árboles y empezó a llover. Llovía diamantes menudos, bajaba de las montañas una densa neblina y algunas perdices caminaban sobre mi cuerpo. Los minerales se multiplicaron, como células, y yo levitaba. La navaja embistió contra la mujer, una y otra vez, abriéndole el pecho. Arrastrándome, alcancé su *Ser Físico* y chupé la sangre de sus heridas. Estaba aún caliente y viva.

Segundos después, vi cómo de mis muñecas desaparecían las heridas y unas manos moldeaban mis pómulos. Me di cuenta de mi imposibilidad para moverme, respirar o hablar. Las manos proseguían dándome forma, a juzgar por la cautela con que me tocaban. A mi lado igual una mujer enana, rígida, con una navaja clavada en el pecho, era moldeada por otras manos.

AL EXTREMO INSÓLITO

En la *Plaza Miranda*, cerca del edificio del diario *El Nacional*, Umberto desenfundó su lápiz para poner una multa al conductor que infringió ante la multitud. El auto, quieto pero encendido, observaba al cadáver entre sus ruedas. El Fiscal, Umberto Buenaventura, bajó al apacible conductor. Lo miró a los ojos y le dijo:

—Lo detengo, Señor, por el delito de atropello y muerte a un transeúnte. Tenga la bondad de darse a la fuga, para evitarle al Estado su manutención; en estos tiempos, el costo de la vida ha subido tanto que la palabra perplejidad suple cualquier asombro.

—Perdóneme, Don Fiseal —rogó el otro—. Me asusta su indiferencia. No permita mi huída. Sospecho me aplicará, si le obedezco, la *Ley de Fuga*.

—No me ha comprendido. El Estado ni siquiera indagará su paradero, una vez que se haya esfumado de aquí. No tenemos dinero para invertir en pesquisas.

—Me iría, lo juro, a no ser por una razón superior a mis deseos: usted retendrá mi vehículo.

—Se equivoca, Señor. Intento hacerle entender que escape con su auto, y pronto. . .

El hombre abordó la máquina, aceleró con furia y desapareció por un callejón. Umberto puso en el bolsillo de la camisa del cadáver, con aire mordaz, la boleta donde había inscrito la multa por cinco mil tortugas de plata. Pero, aquél exánime cuerpo dejó de serlo; se levantó, gritó su protesta al Fiscal y luego corrió. Umberto, velozmente, organizó un equipo para perseguirlo. Un salto al vacío puso al fugitivo fuera de alcance. Una estrella abrió sus pétalos, un Examinador juzgó el destino del cadáver y un conductor resurgió en el escenario:

—He decidido, Don Fiscal, volver a los hechos. Oiga: he colocado mi auto en el mismo lugar y he contratado los servicios de un cadáver que, frío y duro, yacía en la morgue de *San Agustín*. Declaro mi fe en usted: detenga mi *Ser Físico* y, al cambio de las cosas, yo le pagaré una fortuna. No me alimentaré en el Internado, porque deseo hallar mi víctima. El Fiscal, persuadido de que el caso quedaría cerrado con un documento, extrajo un papel sellado de su maletín y escribió:

—Por medio del presente documento yo, Umberto Buenaventura, hago constar que el Señor. . .
¿Cuál es su nombre?

—René Daniels.

—Hago constar que el Señor René Daniels queda bajo arresto, por el delito de *Rebelión a la Patria*. Firme aquí, por favor...

—Pero... No es *Rebelión a la Patria* mi delito.

—¿No?

—No.

—El cadáver que está bajo las ruedas de su máquina, Señor, es el de un oficial del ejército. Lo que es, *es*. Usted sobornó a un militar que custodiaba la morgue de *San Agustín*, para traerlo. Humilla la integridad de nuestras Fuerzas Armadas desde el instante que, con desfachatez, viene a reconstruir un viejo accidente con el cadáver de un oficial.

—No todo lo que sus ojos perciben es, no. Exista la simulación, entre la verdad y la falacia. Yo he simulado un atropello al lanzar mi auto sobre el peatón, toda vez que lo he lamentado. Muy profundo es mi dolor, Don Fiscal, y muy insignificantes sus enunciados en torno a lo sucedido. Me permitiré demandarlo, se lo advierto, por *Abuso de Autoridad* y *Negligencia* en el lugar de los acontecimientos. Me placera muchísimo se le aplique la *Ley de Fuga* que, si mal no preciso, usted quiso practicarle la víspera.

Ante aquellas frases, Buenaventura tomó la decisión de morir bajo las ruedas del irritado conductor. Ordenó al hombre que entrase al auto, acelerara al máximo y que formulara cargos contra él después del fin. Daniels aceleró *al extremo insólito*.

EL LISIADO

No era frecuente para esa época (1976) la lluvia por las tardes. Mucho menos cuando había sol. Aquella fue distinta. Sañí feliz, porque la lluvia toda mi vida me ha divertido. Yo concibo, ha de saber, la felicidad en el frío: *y la ira en el calor*. Ví, de pronto, a un grupo de personas alrededor de algo indescifrable desde mi distancia.

—Es inteligente —dijo uno de los curiosos.

En el piso estaba un hombre, sin piernas, sin aparente vida. Apretó un trozo de pan que el curioso le puso en la mano.

—Si lo fuese —replicó alguien, con voz profunda—, se llevaría a la boca el trozo de pan.

Se oyeron carcajadas. Mientras, yo observaba aquel rostro repugnante, monstruoso, y me provocaba matarlo. ¿Cómo es posible que se permita vivir a semejante individuo? —pensé.

—¿Qué opinará de nosotros? —preguntó un sujeto, de piel pálida, con aliento de borracho.

—Quizá piense en una botella de vino —murmuró otro.

El hombre apenas movía los labios. Un chileno, que al parecer lo protegía (o explotaba su desgracia), le quitó el pan de la mano y se lo introdujo en la boca. Por instinto, el lisiado masticó. Estallaron carcajadas: ja, ja, je...

La lluvia no era fuerte. Los curiosos le hacían preguntas al enfermo quien era, además, sordomudo, abría en pleno sus ojos y ejecutaba una mueca que inconscientemente los espectadores, presumo, imitaban.

—¿Por qué no canta? —preguntó uno al chileno, y una risita homosexual brotó de sus labios.

—Por temor —dijo el chileno.

—¿Temor a qué?

—A usted. Podría (usted) golpearlo si le nombra la madre.

Ofendido, el otro escupió al lisiado. El esputo le cayó en la mejilla, se deslizó hasta el cuello y se posó en la clavícula. Otra vez las carcajadas: ja, ja, je... El chileno se sumó al victimario con una sonrisa. A juzgar por la forma como lo hacía, pienso que era más de dolor que por degeneración. Se aprende a querer a las personas, aun cuando sean piltrafas. Yo miré a los curiosos y me sorprendí por sus babas.

No sé de dónde saqué fuerzas. Primero moví las manos, levanté la cabeza y arrebaté el bastón a uno de los curiosos. Salté y lancé un golpe contra el grupo.

ESTANCIA ÚLTIMA

Desde el helicóptero, Octavio divisó la meseta. Sus acompañantes (Luisa, Ana y Erika) advirtieron, sobresaltados, lo que más tarde conocerían como *La Estancia Última*. Aterrizaron:

—¡Qué hermoso lugar! —exclamó Erika.

La totalidad de la meseta estaba cubierta por césped, y un círculo de pinos que la bordeaba impedía la visión hacia otros lugares. No habían insectos, aves ni ríos. Sólo césped y pinos. Ana bajó; y luego, con desconfianza, le siguieron los demás.

—Césped, ¿no? —preguntó Luisa.

—¿Qué piensas? —dijo Octavio—. ¿Acaso que has llegado a otro planeta?

—¿Y por qué no? —intervino Erika.

El helicóptero se encendió. Todos voltearon a verlo y, ante ellos, se elevó. Minutos después, la máquina se perdía entre la neblina y las nubes. Ana y Luisa estallaron, asustadas, en llanto. Octavio las calmaba:

—No ha sucedido nada —les dijo—. ¿Por qué lloran?

—Se ha ido el helicóptero —dijo Luisa, encarnándose las uñas en los brazos—. ¿No es suficiente para tí?

—No. Pero, escúchame: pronto hallaremos una explicación...

—Yo se la daré —interrumpió un niño, de aspecto débil, que surgió detrás de Erika.

Súbitamente, las mujeres se calmaron. Miran al pequeño, con asombro. Erika se acerca a Octavio y le murmura:

—¿Quién es? ¿Lo sabes?

—No se asuste, Señor —respondió el niño por Octavio, mirándola—. No les haré daño. Mi nombre es Parábola.

—¿Parábola? —repitió, perpleja, Luisa—. Pero: ¿de dónde has venido?

—No vine: *estoy* en todas partes y en ninguna. Y *soy aquí* a partir del año 1900; no porque haya venido, sino porque hallé el Recinto *Trífido*. Introduje mi cuerpo por una de las puertas, y hoy habito la meseta.

—Este lugar, ¿qué es? —preguntó Octavio, acercándose al niño—. ¿Sólo una meseta?

—La *Estancia Ultima*.

El pequeño sugirió que lo acompañasen. Al principio, las mujeres se negaron: pero, Octavio las convenció. En silencio, siguieron al inesperado anfitrión. Penetraron a un oscuro túnel.

—Siéntense —dijo el niño—. No tengan miedo; hay butacas detrás de ustedes.

Obedecieron. Pronto experimentaron que se elevaban a gran velocidad. Luego sintieron una fuerte sacudida, náusea y depresión. Oyeron un ruido parecido al que produce un caudaloso río, voces que venían del exterior y un quejido. Simultáneamente, en la *Maternidad Concepción Palacios*, brotaron:

—Es usted padre de cuatro bebés, Señor —le dijo el médico a otro hombre, de mirada profunda, que presenciaba el parto.

CUATRO NIÑOS DOS DESTINOS

A mitad del año 1961, cuatro niños de dos años fueron dejados en manos del Doctor Casares. Defensor enfermizo de la *Teoría del Conductismo Psicológico* de Watson, Casares logró que la Universidad le concediese secretamente cuatro pequeños para dictarles destinos antagónicos. Algunos recordarán que Watson y sus discípulos sostuvieron que la inyección de comportamientos era factible: para ellos el hombre no era distinto a un animal de *reflejos condicionados*, una máquina.

Dividió, el Doctor Casares, a los niños en dos grupos: Eric y Macedonio serían asesinos; Juano y Patricio filósofos. La primera semana llevó a Eric y Macedonio a presenciar una pelea de gallos a un pueblo cercano, *Cacute*, donde la gente mitigaba el hastío en *La Gallera*.

En *Cacute* el sol caía implacable sobre la tierra y las cabezas sudorosas de los espectadores; dos gallos, uno gris y otro blanco, indiferentes al público, se miraban con odio y lucían sus espuelas como si se

tratase de cuchillos. Los rostros, surcados por la reciedumbre del clima, mostraban diversas facetas de una mima perplejidad. El Doctor Casares se mantuvo recostado al ruedo, e insistía en que Eric y Macedonio no apartaran sus ojos de los gallos.

Un árbitro de tez aplomada, gordo y soberbio, ordenó el comienzo de la pelea. Simultáneamente, los gallos saltaron y chocaron furiosos en el espacio. Eric y Macedonio experimentaron sobresaltos. Los demás espectadores, en su mayoría hombres y mujeres de malos modales e imbéciles, ingerían licor y gritaban casi enloquecidos. El gallo gris se lanzó contra su rival y le clavó la espuela izquierda en el cuello; el Doctor Casares, que había traído su filmadora portátil, se divertía registrando las escenas más cruentas.

Así transcurrió el día primero de experimentos conductistas. Los pequeños, con los ojos enrojecidos por el humo de tabaco y cigarrillo, por el polvo y el sol, se quejaban durante el recorrido de vuelta al apartamento del Doctor. Presa de sueños científicistas, Casares olvidó la alimentación de Eric y Macedonio. Hambrientos, los niños le halaban las mangas de la camisa implorándole comida. Entonces, el Doctor Casares detuvo su auto en un callejón solitario; desenfundó un arma automática y ejecutó a un perro que, cabizbajo, deambulaba por la acera. Los niños, enmudecidos por el incidente, se mordían entre sí. Aconteció que el Doctor se bajó del automóvil con un filoso machete y, rápidamente, cortó varios trozos

de carne al extinto canino. Luego, con expresión de infinito placer en su rostro, volvió al auto y obligó a los muchachos a comer aquella carne.

La mañana siguiente el Doctor Casares despertó temprano a Juano y Patricio para llevarlos a una sala especial, una Cátedra impecablemente ordenada, y les leyó fragmentos de *Don Quijote*. Los niños se veían forzados a escuchar al Doctor, a repetir sucesivas veces los párrafos leídos por él. De *Don Quijote* Casares pasaba a *Una Temporada en el Infierno*, y de *Doña Bárbara* al *Museo de La Novela de La Eterna*. De modo ininterrumpido, Juano y Patricio recitaban lo captado.

Monótonamente, a lo largo de quince años fueron llevados Juano y Patricio a *La Cátedra* y Casares les leyó incontables obras de la Literatura Clásica y Contemporánea. Ello sin excluir a los filósofos más importantes, desde Cicerón hasta Schopenhauer. En ocasiones, el Doctor alternó la lectura con la música y filmes religiosos.

Erie y Macedonio tuvieron que ver, en esos quince años, películas sangrientas y asistieron a numerosas peleas de gallos, corridas de toros y otros espectáculos no menos crueles. Fueron testigos de mutilaciones de perros, conejos y simios. Conocieron numerosas drogas, prostíbulos y mujeres. Para ellos, lo ruin era el único *Principio de Razón Suficiente* en el mundo.

El Doctor Casares declaró a los periódicos más importantes su "triunfo" científico respecto al conductismo. Según él, Erie y Macedonio eran asesinos

prefabricados y Juano y Patricio filósofos. Numerosos especialistas asistieron a un *Congreso Internacional de Psicólogos* organizado por Casares. Ahí se exhibieron cortometrajes del desarrollo de los muchachos. Los asistentes tuvieron la oportunidad de ver cómo Eric y Macedonio devoraban vivo a un caballo atado, a la edad de diez años. Igual vieron y oyeron a Juano y Patricio, a los doce años, dictar clases de Filosofía y Literatura en la Universidad.

Semanas después de la culminación del Congreso, Juano y Patricio asesinaron al Doctor Casares. Una noche calurosa, bajo el rigor de la luna llena, los jóvenes irrumpieron la habitación del Doctor y, luego de rociarlo con gasolina, le prendieron fuego. Cuando el cadáver se descubrió Juano y Patricio se hallaban lejos del lugar, en otro Estado, razón por la cual la policía arrestó a Eric y Macedonio en calidad de únicos sospechosos.

La suerte no estaba de parte de Eric y Macedonio. Las investigaciones policiales condujeron al hallazgo del diario de Casares. Al ser leído, los fiscales no dudaron de que los asesinos eran ambos: respuestas criminales a un conductismo científico protagonizado por el propio Doctor. Mientras se preparaba la acusación por *Homicidio Calificado* a Eric y Macedonio, los otros muchachos disfrutaban de unas vacaciones en *Playa Grande*.

Juano y Patricio habían alquilado un apartamento frente al mar; cada mañana, al abrir los ojos, lo primero que veían era el cielo poblado de gaviotas

La luz penetraba por los ventanales y calentaba suavemente la cara de los jóvenes quienes, por razones desconocidas, jamás se comunicaban preocupaciones personales.

El 13 de Abril de 1979, Juano abrió el periódico y vio las fotografías de Eric y Macedonio con el titular: *Condenados a Reclusión Perpetua en Manicomio Azul*. Sonreído, Juano extendió el diario a Patricio. Ocurrió entonces que veinte gaviotas en vuelo, luego de romper los vidrios de los ventanales, penetraron al recinto donde descansaban y no quedó vestigio de existencia ahí.

El mar embravecido golpeaba con sus olas al edificio, el sol caía encima de las piedras desintegrándose y gotitas de agua humedecían el papel donde la historia hizo ficción la vida de quien ha narrado.

ENIGMA

—Me pregunto cuándo acabará el tradicional terror ulterior a la muerte —dijo el hombre de cerebro vasto, cuyo nombre era Renato—. Alguien se va, desaparece a través de un túnel imperceptible a ojos comunes: *una especie de útero que se abre hacia la nada...*

—No se preocupe por eso, Señor —respondió el ascensorista—. A propósito: ¿qué asunto lo puso tan trágico?

—Nada que pueda interesarle.

—Confíe en mí.

—¿Por qué he de confiar en tí?

—Pronto se dará cuenta.

El ascensor proseguía su ruta. Renato miró al indicador de pisos e inmediatamente se conmovió. El tablero había sido cambiado. No podía tener un edificio infinitos pisos. Mucho menos ése que habitaba desde el pasado año.

—¿Quién cambió el tablero? —preguntó Renato, con asombro, y lo tocó.

—Nadie, Señor. Siempre ha sido el mismo.

—Miente. El anterior no indicaba la existencia de infinitos pisos.

—Entonces, ¿confiará en mí?

—Está bien. Ayer falleció la madre de uno de mis mejores amigos. Lo ví, por casualidad, frente al Seminario, y me dio la noticia. Su rostro era de dolor. Sufría por algo desconocido para él; ¿por qué sufría? ¿Acaso sabía en qué situación se hallaba su madre?

—Muerta, Señor.

—Obvio es; pero, ¿qué significa estar muerto?

—Significa un ascensor...

—¿Qué insinúas, hombre?

—No insinúo, Señor. Usted es sabio.

—¿Por qué?

—Intuí, desde mucho antes, qué es despertar muerto.

Las paredes del ascensor se pusieron traslúcidas Renato experimentó angustia, frío en los huesos y euforia. El ascensor subía rápidamente, a través de plántulas acuáticas, y provocaba pequeños remolinos. En actitud apacible, el ascensorista observaba a Renato. De pronto dijo:

—¿Está asustado, Señor?

—Algo extraño me sucede. Empiezo a descifrar un enigma; recuerdo que me acosó desde la infancia: *la sensación de estar a punto de hacer un hallazgo, de tenerlo muy cerca, y que súbitamente se disipa.* Es un lugar: *éste, el ascensor.*

—Me divierte, Señor.

—¿Adónde vamos?

—¡Oh!, creí empezaba (usted) a descifrar el *enigma.*

El ascensor continuaba en movimiento, hacia un confín que Renato creyó poder explicar. Mientras, el ascensorista se limitaba a reír. Fuera del recinto, los peces parecían inadvertirlos. Las algas danzaban, y la luz iluminaba sus colores.

—Ya lo sé —corrigió Renato—; no me lo diga: *estamos muertos. Significa la inflexión de mi propia lucidez.*

—Ja, ja, je... Tiene usted, Señor, un humor eximio.

Se detuvo el ascensor. La puerta se abrió. Renato se vio fuera de él.

—¿Qué ha ocurrido? —le preguntó al ascensorista—. Este lugar, ¿qué es?

El ascensorista apretó un botón y la puerta se cerró. Renato se incorporó; caminó por un corredor, llegó a su oficina y doctamente dijo a su secretaria:

—Oyeme, Nora: *si no fuese porque resulta imposible para un cadáver superar la horizontalidad, lo inamovible, yo me quitaría la existencia...*

FORASTERO

La naturaleza está, como se puede advertir, regida por el hombre: *el más falaz de los animales*, según nos definió Schopenhauer. Y, la naturaleza lentamente muere. Cierto es que lo pensé de ese modo, hace varios años, cuando se me quiso encauzar por la ruta que mis antepasados siguieron: ordinaria, sin señales metafísicas. Me opuse, obvio es, y emprendí la excavación que me condujo a la calle de los afortunados. Abandoné mi trabajo de la Universidad y, con el dinero que recibí, compré un pico. Fue construido, hábilmente, con una aleación de bronce y plata, por el viejo Hipócrates Ure (hermano de mi vieja, convicto por Asesinato en Primer Grado, y de quien se ha dicho ahorcó su cuerpo en el calabozo). En silencio, a partir de las ocho de la mañana de cada día, trabajé hasta cuando apareció Jasón. Había renunciado, Jasón, a su trabajo para adquirir un pico símil al mío. Su rostro, límpido, de un iniciado en la magia quizá, me cautivó.

—¿Por qué lo haces? —me preguntó, con aire de sorpresa, y clavó su pico en la tierra.

—¿Te refieres a la fosa? —inquirí.

—Sí.

—No tengo respuesta.

—Por mi parte, presumo hallaré pruebas de que las voliciones de mis antepasados fueron sepultadas aquí. Ellos, indistintamente, ejercieron el mismo oficio: *el de mercenarios*.

—Escúchame, *Forastero*. Yo vine primero. Te sugiero busques otro lugar para excavar. Sé que mientes. De facto, no puede ser coincidencia que hayas venido por la misma razón que yo: alguien tuvo que decírtelo, y no puedo más que condenar su impertinencia.

—¿Niegas la probabilidad de coincidencia para satisfacer tu soberbia, eh?

—¿Quién eres para decirlo?

Ante mi pregunta, el *Forastero* intentó irse. Pero, luego de mirarme fijo a los ojos, retrocedió y lanzó su *Ser Físico* encima del muro de tierra al lado de la fosa. Experimenté sed. El sol caía sobre nosotros y las piedras brillaban. Sudábamos. Mi pico, desprovisto de voluntad para proseguir, se arrastró hacia el depósito junto al lavadero. Lo miro. Hace caso omiso de mí, y entra. El *Forastero* levantó su cabeza y miró al sol. Enunció:

—Debemos elegir *quién* sepultará a *quién*: sólo así habrá una diferencia entre ambos. Te odio, admiro y cuido como a mí mismo. Estoy cansado, porque mi libertad depende de la tuya.

El *Forastero* hablaba la verdad. Esa situación iba más allá de la coincidencia, a pesar nuestro. Ví su blanca tez, cabellos largos y mirada triste. Así me conocía físicamente. Por un instante, tuve la certeza de que la locura dejó mi cerebro. La ví correr. Inagotable, bajo el influjo de 40° centígrados, corrió a mi alrededor. El *Forastero* deliraba. Se puso de pie, súbitamente, y me confesó que se hallaba encerrado en un cubo: como espécimen raro, para satisfacer mi crueldad. Lloró mientras me suplicaba rompiese el cubo de vidrio, con el pico.

—No sé qué puedo hacer —proclamé.

A paso voluble, caminé. Me ví alejarme. Sin detenerme, penetré en cada espacio vacío. Sentí plenitud; mis dos entes se transformaban en cuatro, una vez frente al *Forastero*. Los vidrios estallaron, mis piernas se apresuraban involuntarias. Llegué a la incertidumbre. Corrí, corrimos, a través de carcajadas: ja, ja, je... Golpeamos los vidrios, enfurecidos, pero la luz se estrellaba contra la pared donde se fusionan dos perversiones: *masturbarse por una silla, y recitar de memoria las enseñanzas de Gurdjieff.*

EXCIDIO

Abraxas es la columna vertebral del hombre; la transición *no existe* ni entre el día y la noche, la vida y la muerte, lo lícito y el delito. Así, bajo los preceptos aludidos, Clodoveo y yo atravesábamos a *La Pedregosa* en automóvil. El frío helaba las butacas. Una abundante vegetación bordeaba el camino que, al pie de un abismo, permitía la visión de un panorama hermosísimo. Mi amigo detiene la máquina que nos desplaza y me dice:

—*Veamos la pelea de gallos...*

Miré en derredor hasta precisar al grupo de personas. Las piernas dejaban entrever al par de gallos. El blanco tenía afiladísimas espuelas y una cresta semejante a una arruga de tortuga. El otro era gris y ostentaba espuelas más gruesas aunque menos agudas: *quizá por ello sus golpes fueron de un sordo rigor.*

Mientras descendíamos del automóvil, los gallos se elevaban a unos cincuenta centímetros y se fustigaban mutuamente. Pese al frío, sudo. Me incomoda

la camisa y varias perdices sobrevuelan nuestras cabezas. Un perro negro escruta a una niña que, víctima del estupor, se aferra a su hermanito. Me doy cuenta de que Clodoveo suda. El parco aleteo de los rabiosos gallos me transporta a mis confines ontológicos. Envidiaba (yo) la suerte de aquellos guerreros que, sin causa aparente, combatían y aligeraban sus pasiones. Tlac, tlac, tlac: el animal gris ejecuta un violento espuelazo sobre el cuello de su rival y lo hace sangrar. El frío se intensifica y mi camisa está empapada de sudor.

—*¡El gallo blanco todavía canta!* —exclamó un niño.

La llovizna humede mis cabellos. Cuatro hombres viejos ingieren cervezas. Clodoveo fuma. Un individuo sugiere a otro que retire su gallo porque el suyo lo matará. Las apuestas se duplican. El gris corre en torno a su enemigo y, esporádicamente, le zumba espuelazos. El blanco se convierte en ave traslúcida. Sangra. Yo sudo e intento recuperar mi estabilidad emocional.

—*Ya el gallo blanco no existe* —pronunció, en alta voz, Clodoveo.

Es inexplicable: *el gallo blanco se esfumó*. Desconcertados, los fanáticos lo buscan detrás de las piedras y en los arbustos. El perro olfatea la tierra y las perdices chocan en las alturas. Sudo. Un violín suspendido en el espacio, propaga la *Opera del Infortunio* (McDonald Petrovich). Un Rapsoda surge

de la neblina y declama: "*Afrodita: porque a veces deseo morir, a tu existencia me adhiero. Deseo que acaben los duelos en el Universo, oh mi diosa; ordénalo para mí. Recuerda que soy un caballero de tus dominios...*"

El perro negro se excita y atrapa al gallo gris con sus patas: su miembro le explora la *infidencia*. Los niños ríen alocadamente. La llovizna cesa. Experimento cierta estupefacción. *La Opera del Infortunio* prosigue. Clodoveo se masturba. Los apostadores beben sin interrupción. El perro se menea en el trasero del gallo que pretende escapar. Sudo. Un calor jamás sentido suple al frío. Paro de sudar y tiemblo. El gallo se calma y canta. El grupo de espectadores, excepto yo, grita al unísono:

—*¡Eres vencedor, ave gris, eres triunfador!*

La naturaleza ordinaria desaparece y una superficie de cuarzo azul sostiene a mi cuerpo. El violín continúa en el tiempo con *fugas*. La agitada respiración de mi amigo opaca los susurros inconscientes de los apostadores. El perro jadea. El Rapsoda repite: "*Afrodita: porque a veces deseo morir, a tu existencia me adhiero. Deseo que acaben los duelos en el Universo, oh mi diosa; ordénalo para mí. Recuerda que soy un caballero de tus dominios...*"

Mis ojos registran un cielo tenuemente iluminado y sin nubes. Un caballo de vidrio surge a la atmósfera con su veloz galope, una joya cuyas patas levantan el polvo, un solípedo que se percibe cual cosa existente. Es cierto: el Rapsoda insiste con su

pulcra voz y el perro negro se mueve siempre rumbo a un fondo imposible. ¿Por qué sudo? —De súbito, el gallo gris huye y se precipita por el abismo. Presa de la Khatarsis, la mayoría de los apostadores se desnuda. Clodoveo batía su pene aún; el gallo blanco reaparece y el caballo se deja montar por el Rapsoda. El frío vuelve. Me lastima de modo cruel, intolerable.

La orgía comienza cuando Clodoveo eyacula. Un preludio de tres ángeles que balancean igual número de látigos se impone. Veo cómo azotan las espaldas de la lujuria, del prójimo, con ira, sin tocar la mía. El dolor no impide que los virtuosos del placer ejecuten diversos coitos.

—*¡Son los ángeles que la furia de Dios envía!*
—proclamó Clodoveo.

Mis dedos se mueven con rapidez encima del pequeño escenario de papel y cartón. Gesticulo. Las cuerdas de fino nylon, resistente, me dan confianza en mí mismo. Los jueces, el público, se mantienen atentos. Mis dedos, hábilmente, dirigen el galope del caballo y el talco color marrón sube. A mis lados hablan los ventrílocuos y el violinista, más allá, toca la *Opera del Infortunio*. Me da pánico provocar el excidio a los seres inanimados (?). El cerebro me duele. Libero mis dedos de las cuerdas y destruyo al mundo, enfurecido, enfurecido, enfurecido.

EL TRIÁNGULO

Hacia más de un mes que José Luis no visitaba a Darío, en la Avenida *Foción Febres Cordero*. El viernes, luego de salir de una clase de *Atraco a Mano Armada* que dictaba en la *Escuela Superior para Delinquir*, fue en busca de su amigo. Cuatro perros rabiosos lo amenazaron, cinco prostitutas lo invitaron a subir a sus lujosos autos y también cinco gendarmes le pidieron su documentación. Logró sobrevivir a las vicisitudes y, alegremente, subió las escaleras del *Edificio Clarividencia*. Tocó el timbre, impaciente. Como nadie abría, usó la llave que días atrás le otorgó Darío.

—Lo esperaré cómodamente —murmuró para sí mismo.

Entró y cerró, con fuerza, la puerta. Caminó en derredor y, sorprendido, vio que en la antesala (sobre una alfombra purpúrea) Darío se movía sudoroso al compás de Amalia. Se acercó a ellos, perplejo, y su amigo exclamó:

—¡ Tú por detrás de Amalia, apresúrate!

El pene de José Luis se irguió, violentamente, y rompió el cierre del pantalón. Amalia, supraexcitada, observó al miembro del otro indagar por entre sus hermosas nalgas. El *triángulo* se formó. Los tres cuerpos se meneaban, agitados, y sólo podían escucharse los jadeos.

Presas de la lujuria, durante diez minutos se retorcieron. Amalia mordía el cuello de Darío, quien, por error quizá, besaba los labios de José Luis que acariciaba los senos de ella. Los hombres eyacularon, simultáneamente, y se golpearon enfurecidos. La mujer intervino; los separó y les sugirió un duelo a cuchillo, a través del cual uno de ellos se proclamaría vencedor y el otro moriría con dignidad. Acordaron ejecutarlo en ese momento, bajo el arbitrio de Amalia.

Tuvo la peor suerte Darío. Al asegurarse de que su adversario estaba muerto, José Luis le quitó la piel con el mismo cuchillo y después lo horneó. La velada prosiguió hasta el amanecer entre coitos, comidas y risas. Más tarde, cuando la luz invadió las montañas, se oyó el ruido de un libro al cerrarse.

LOS TÚNELES

—¿Cuándo ingresó por primera vez al psiquiátrico? —preguntó el Doctor Exequiel, al tiempo que *El Paciente* se puso cómodo en el sillón frontal.

—El pasado mes, Doctor. No recuerdo cuál día.

—¿Quién le hizo la terapia?

—Martus.

—¿Qué opinó de su salud?

—Nada extraordinario: *que todos habíamos enloquecido y que, por tal causa, hiciera caso omiso a mis problemas de adaptación...*

El Paciente estornudó y se levantó del sillón. Exequiel se quejó. Le había echado saliva en el rostro. Tomó un pañuelo para secarse, miró al otro con sorna y gruñó.

—Perdóname, Doctor.

—Está perdonado, gusano —replicó con voz entrecortada y baja—. Pero, que no se repita: ¿*dé acuerdo?*

—Te lo prometo.

Exequiel seguía mirándolo con escarnio. De pronto, sonrió y le extendió un cigarrillo a *El Paciente*. Un minuto más tarde, cuando el reloj de la Catedral marcaba las nueve, los autos comenzaron a transitar. En la ciudad, el horario de trabajo comenzaba a las nueve y quince minutos de la mañana. La mesa que separaba al psiquiatra de *El Paciente* estaba situada en el centro de la avenida principal. Un amplio cartel, colocado a dos metros de distancia, anunciaba: *Consultorio Psiquiátrico*.

—Espero cumpla su palabra —agregó el Doctor, luego del breve silencio.

—Pierde cuidado. —Replicó el enfermo, con rostro severo.

—Bien; ahora: ¿puede dejarse indagar?

—¿Para qué?

—Amigo: su mundo debe ser allanado; *me refiero a su conciencia de sí*.

—¿Cómo lo harás?

—Para comenzar, tiene que narrarme sus atrocidades mentales. En el interior de quien padece trastornos de conducta siempre prolifera lo sangriento: *lo mal llamada violencia*.

De nuevo, *El Paciente* se sentó. Vio la nariz del Doctor, después sus ojos. Quiso decirle algo pero, a toda velocidad, un auto pasó junto a ellos y los distrajo. Exequiel, sin dejar de mirar el mentón del otro, activó el encendedor de cigarrillos.

Otra vez *El Paciente* intentó hablar pero fue interrumpido por dos transeúntes. Ellos hablaban asuntos políticos. Murmuraban: "*Estamos gobernados por enfermos. Nuestro Presidente y sus colaboradores se hunden en la retórica más asquerosa. Nuestras necesidades aumentan cada día*". Los transeúntes se perdieron por la Calle Bolívar. Probablemente entraron al *Cafetín Azul*.

—Me doy cuenta de que es un acierto saberse abominable —expuso *El Paciente*, con aire de seguridad—. Además, me produce lúdico placer.

—Usted ha meditado respecto a sus conflictos. Oiga: ningún enfermo admite su situación por no darse cuenta de ella. Usted no está enfermo. Realmente, me asombra.

—¿Y tú.

—¿Yo quéce? ¡Diablos! ¿Qué insinúa?

Hubo un corto silencio. *El Paciente* escrutó la nariz del psiquiatra y dejó escapar una risita inaudible casi, como la de un sordomudo. El Doctor señaló a un Fiscal de Tránsito, con énfasis, y aseveró:

—¿Quién enfermo entendería que ese hombre que vemos dirigir el tránsito, con características irrefutablemente humanas, es un semáforo?

Con expresión grave, *El Paciente* voltió su rostro en dirección al Fiscal. Escéptico, sentenció:

—Digo que ni es humano ni es semáforo: *nada es porque no tiene conciencia de sí...*

—No se equivoca, pero: ¿se da cuenta de que

determinó una inconciencia en otro Ser? ¿Comprende que eso significa que de modo ninguno usted, Gutiérrez Rodena, está enfermo?

—No me da convicción tu dictamen, Doctor. Estoy, absolutamente, trastornado. Tanto que creo estar instalado en la calle, en un consultorio a la intemperie. Veo gente caminar, autos...

—Sufre usted de una terrible soledad, pero no está enfermo. Lo que ve es producto de la ignorancia: usted se conoce poco a sí mismo; igual no advierte que el mundo es tal como lo percibe. Mi consultorio está en la calle, Don Gutiérrez Rodena. Ha sido de esa forma eternamente.

El Paciente regresó a su casa. Una muda alegría, inenarrable, lo asaltó. Su estancia, llena de túneles, le inspiró deseos de vivir. Sabía que faltaban muchos túneles por explorarse y que, inexplicablemente, no había muerte luego de la existencia.

EL HOTEL

Gustavonovof llegó al pueblo un lunes, a las nueve de la mañana, con un morral a cuestas. A las nueve de la mañana un lunes, con un morral a cuestas, Gustavonovof llegó al pueblo. Cuando vio al Jefe Civil, acompañado de un agente, escondió el cuchillo en la bota. Ahí podrían interpretar el arma como una malévola ostentación, propia de los forasteros que vienen de grandes ciudades. Lo detuvo el agente, ante la mirada de los curiosos:

—¿De dónde viene, y qué desea, forastero? —preguntó el agente, mirándole el morral.

—Deseo tranquilidad por unos meses, agente. Y busco una habitación.

—Tenemos un viejo hotel. Allá está... ¿Lo ve?

El forastero vio el dedo al agente, y luego el lugar que señalaba. Respiró profundo, ejecutó un paso hacia la izquierda y prosiguió. De súbito inmovilizó sus piernas, miró al Jefe Civil y le dijo:

—Gracias.

—No tiene importancia —murmuró con sorna, el otro.

La habitación era cómoda, pero húmeda. Las paredes tenían moho. Había frío y el silbido del viento penetraba por la ventana. Gustavonovof se bañó con agua caliente: por suerte, el hotel tenía un calentador a base de gas.

Desnudo se acostó y, desde esa vil postura, se batió el miembro. Sólo así combate el hastío, según algunos filósofos estoicos, el hombre inteligente. Se durmió y volvió en sí una hora después. Se irguió, encendió un cigarrillo y abrió el morral. Extrajo un objeto duro, forjado en acero inoxidable, de vasto cañón y pesado. Yo, que ocupaba la habitación contigua a la de él, fui el primero en advertir la sangre debajo de la puerta. Luego, cuando todos subían las escaleras, oí la detonación. La sangre se esfumó poco antes de que la gente llegase.

—¿Qué ocurrió? —me preguntó el dueño del hotel.

—¿A qué se refiere? —respondí.

—Oímos un disparo.

—También yo. . .

El dueño tocó la puerta de la habitación del forastero quien, de inmediato, abrió y asomó su rostro:

—¿Qué quieren? —indagó al grupo.

Avergonzados, todos se marcharon. Yo me quedé. El forastero me miraba fijo a los ojos. Como nada dije, cerró. Un minuto más tarde, la sangre volvía a brotar bajo la puerta de la habitación. Eseché quejidos. Me acerqué y, con cautela, abrí la puerta. El forastero estaba sentado en la cama y sonreía. Me dijo:

—Lo esperaba.

—No entiendo qué sucede —repliqué.

—¿Necesita entenderlo todo para sobrevivir?

—Supongo que no.

—Entonces, váyase.

Obedecí. Una vez que salí, oí otra detonación. Proseguí y entré a mi recinto. En la cama dos cadáveres reían. Con el cuchillo los corté en pedazos y los oculté en el morral. Partí del pueblo y, al encontrarme con el primer abismo, lancé el morral al vacío.

Al año recordé el incidente y me puse nervioso. La Universidad me concedió permiso por tres meses. Fui a Houston. Me hospedé en el *Carter Hotel*. Sobre la cama había un periódico. En la primera página informaban respecto a un doble asesinato. Dos cuerpos fueron hallados dentro de un morral, fragmentados. Tocaban la puerta de la habitación. Abro. Es la policía. El pánico me sobrevino. En un español malo, uno de los agentes vociferó:

—Olvidó su pasaporte en la Oficina de Emigración del aeropuerto, Señor. Tómelo.

Experimenté estupor. Encendí un cigarrillo, agarré el pasaporte y les agradecí el gesto. Sentí frío en el ano, y un sudor helado se deslizó por mi frente. Cerré la puerta. Caminé en dirección a la ventana y miré hacia abajo. Sentado encima del auto-patrullero, el mismo forastero que ví en el hotel del pueblo esperaba a sus compañeros agentes. Por un instante nos cruzamos la mirada. Me reconoció, prendió el auto y huyó sin sus compañeros.

EL MUSEO

Desde el trasmundo, ubicado en los sueños más hondos, Josuá miró su lecho: ahí su cuerpo permanecía inmóvil e iluminado por la luz de la naturaleza despierta. Junto a la cama está sentada una mujer que le soba la cabeza.

—Josuá, despierta —dijo, en voz baja, la mujer—. Estoy a tu lado.

Sin volver al cuerpo, Josuá intenta hablarle:

—Patricia —llamó una voz que provocó momentáneo frío en la habitación—, déjame en el *trasmundo*.

Patricia oyó la voz en su interior. Se levantó, confundida, y se dirigió hacia el sofá colocado en uno de los ángulos del recinto. Sus manos temblaban y su corazón latía agitado. Observó los irregularmente dispuestos objetos: un espejo redondo con marea de aluminio, en la pared frontal a la puerta; Un escritorio de acero y un baúl de bronce que servía de ropero y depósito de textos.

Josué permanecía en el *trasmundo*. Flotaba en un ambiente ensordecedor, lleno de pájaros traslúcidos y donde una música similar al *Rock-clasic* apenas era perceptible. Telepáticamente, se comunicaba con las aves. Por instantes creyó ver a su esposa en uno de los pájaros. Oía en eco su voz: era imperfecta, distante. Trataba de comunicarse con Patricia de nuevo, sin éxito. Se sentía en extremo lejos, eufórico e inexistente.

Patricia no toleró más el frío. Salió y llamó a la dueña del *Hotel Extraconsciente*. Una vieja de aspecto enfermizo, tez lívida y cabellos blancos, surgió en silla de ruedas.

—¿Qué deseas, niña —interrogó.

—Mi esposo no despierta —declaró Patricia, presa de los sollozos, mientras sacaba un pañuelo del vestido.

La anciana bajó la cabeza. Sus enguantadas manos jugaban con las ruedas.

—Se lo advertí en una carta —murmuró, de súbito—. Duerme desde hace un mes.

—Anciana, dígame: ¿está muerto?

—*Los muertos huelen mal.*

—¿Recuerda qué hacía, de qué conversaba, cuándo llegó al hotel...?

—Vino hace seis meses y cinco días.

La vieja experimentó un brusco acceso de tos. Patricia le ofreció su pañuelo. Lo rehusó y se tomó una píldora que extrajo, con cautela, de un pliego del vestido. Se calmó:

—Perdóname, niña. Estoy tuberculosa. Como te dije: Josuá vino hace seis meses y cinco días, con un maletín y un baúl de bronce lleno de libros. Esa noche no durmió: escuché sus pasos en círculo, nerviosos, desesperados. Duermo en el sótano, niña. Desde allá se oye el más leve ruido. Tu esposo habló mucho consigo mismo.

—Imposible: nunca fue un fanático de los soliloquios.

—Oye, niña: nada extraño es que un hombre hable consigo mismo la primera noche en este hotel. Pocos logran soportar a los espectros. . .

—Anciana: creí que los espíritus *no existían*.

—¿Creyó o cree todavía?

Patricia calló. Trataba de ordenar sus pensamientos. La vieja le exigía conclusiones cuando ella empezaba a confundirse.

—Aún creo que no existen —afirmó y encendió, nerviosa, un cigarrillo.

—*Jamás se debe cerrar los ojos ante lo desconocido* —proclamó la anciana.

—Por favor: le ruego siga hablándome de él.

—De acuerdo. Al siguiente día de estar en el hotel me dijo, con asombro, que alguien imperceptible no lo dejó dormir. Le expliqué pudo haber sido un roedor: *la ciencia no ha demostrado que no puedan aprender nuestro lenguaje*. Josuá respondió a

mis especulaciones con una leve sonrisa. Pero, sé que meditó a solas mis palabras: pues, *nadie sabe cuál es la verdad hasta tanto no la experimente...*

—Señora —interrumpió la otra, perpleja—: todo lo que me ha dicho *es inadmisibile*. Estamos condicionados para comprender *lo explicable*. No es racional lo que infirió.

—*¿Racional?*

—No puedo interpretar sus palabras como algo distinto a fantasías.

—Una vez más, óyeme: lo que sucede es que la sensibilidad de tu esposo es superior a la de personas comunes. *¿Quién puede negar que se despierta a un mundo absurdo cuando acaban los sueños?*

—Aplaudo el esfuerzo que hace por demostrarme su hipótesis, lo juro, pero: *su explicación es obviamente insólita y centrífuga*.

—No me hagas reír, niña.

—Anciana, escúcheme Ud. a mí: existe un centro alrededor del cual gira la realidad, similar a un sol alrededor del cual giran sus planetas dependientes.

—Tienes razón, en parte. Tanto mi posición como la de Josuá huyen de ese centro pero, más que huir, *rompe con el obstáculo*: esa pared llamada *realidad* que nos impide mirar lejos

—Trata de persuadirme de que Josuá, voluntariamente, permanece dormido: que es algo parecido a un experimento místico con signos de realidad.

—No: sólo te presento hechos que puedan orientarte. *¿No'es, acaso, lo que deseas?*

Irascible, Patricia soltó el cigarrillo. No tenía por qué dar muestras de escepticismo ante una anciana que, lógicamente, conocía mejor a Josué. Ella nunca interpretó el mutismo de su esposo.

—Lo lamento, Señora —pareció retractarse y respiró hondo—. Estoy muy confundida. Siempre quise, sin esfuerzo sincero, interpretar los soliloquios de mi esposo.

La anciana incluyó su cabeza hacia atrás. Intenta controlarse un abrupto acceso de tos. Llevaba varios años sometiendo a la tuberculosis. Aprendió, al cambio de las cosas, que la medicina científica es ineficaz. A juicio de ella mejores resultados se logran con el ejercicio de lo que la mayoría de los parapsicólogos denominan *siquismo positivo*.

—Es natural que te desesperes —enfaticó la vieja—, pero debes aprender a escuchar. Es ahora cuando me doy cuenta de que Josué no es un neófito en asuntos vinculados al *trasmundo*. Fue un error mío haberte escrito para que vinieras. El está a salvo.

—¿Sabe Ud. dónde está? —inquirió la otra.

—Por supuesto, niña.

—Sigo sin comprender.

—No eres la única.

—¿Qué puedo hacer?

—Esperar, pacientemente esperar. . .

La anciana giró la silla en dirección al cuarto de Josuá. Antes de llegar, la puerta se abrió. Supe que no volvió a salir de la habitación, y que fueron frustrados los intentos por derrumbar la puerta. La casa donde aconteció lo narrado permanece intacta y sirve de *museo*. Cualquier persona que desee encontrarla sólo tiene que dormir, indefinidamente dormir.

DUELO A PÁGINAS

Es tarea de muchos elucidar el más primitivo de los mitos del hombre: "Dios". Nadie, excepto algunos ascetas, intenta revivir la remota casta de benévolo (hoy virtud inconcebible) que formaron los apóstoles al lado de Jesús. La Biblia, sagrado testimonio de un plebeyo temor humano, rellena el vacío interior de algunos contemporáneos tan ordinarios como quienes escenificaron la crucifixión.

Postrado en el hospital, el autor del primer "Manifiesto de Imbéciles" (1) dice a sus deferentes amigos (bohemos de S. Eduvigis) que lo visitan: "*Podría demostrarles, si mi antojo llegare a dictarme semejante esfuerzo, la existencia de Dios*". Es un segundo manifiesto, escríbanlo.

—¿Puedes recordarnos el primer manifiesto? —preguntó uno de los imbéciles, con mirada de "fuir", al autor.

(1) URE, Hipócrates: *Manifiesto de Imbéciles*. Monte Avila Editores, 1978.

—Dije en aquella ocasión: "*Un auténtico bohemio lo es cuando le resulta imposible no advertir la vida, pero no la del desgaste* (me refiero a la vida de civilizaciones sobre asfalto, sin poesía ni galerías de arte), *que forja seres normales, sino nuestra vida interior respecto al mundo físico que se tiene por real*".

—¿Qué harás para demostrar la existencia de Dios?

El autor, con su habitual fluidez para expresarse, respondió: "*Buscaré a Dios y lo traeré aquí*". Luego pidió a los bohemios que se retiraran. Evocó su memoria las palabras de un pintor, Juanín, viejo amigo de tertulias nocturnas en la desaparecida ciudad de Mérida: "*Lo único inhallable en el mundo es —amigo autor— Dios*".

Después buscó debajo de la cama a Dios. Encontró arañas y polvo. Se quejó de que su enfermera no aseaba la habitación. Entristecido, consultó su agenda. Ubicó bosquejos de un cuento inconcluso: "*Duelo a Páginas*". Reprimió su pretensión infame de construir un mundo donde los hombres se batieran con fragmentos de Berkeley, Dante o Poe, y no con armas de fuego. Brutalmente, golpeó su cabeza contra el escritorio luego de releer el texto.

Cuando la calma volvió a él, escribió: "*Now the life is extract of firmament. Now I am God*". Ana, su enfermera, lo sorprendió:

—¿Por qué has rayado la pared? —le preguntó, asustada.

—Ahora soy “Dios”, Ana. Me hallé a través de un recuerdo narrativo: “*Duelo a Páginas*”.

—¿Te sientes mal?

—Cállate. Necesito que busques a los bohemios y los traigas aquí, ¡pronto! Aún deben estar afuera. Diles que enunciaré mi último manifiesto.

Ana salió y vio a los bohemios frente al hospital, tirados sobre el césped. Gritó: “Vengan, el autor desea hablarles”. Los bohemios la miraron escépticos. “Mentira —dijo uno de ellos—, él nos pidió que le dejásemos solo”. Ana insistió:

—“Deben venir, —dirá su último manifiesto. No sé a qué asunto se refirió, pero eso fue lo que me dijo les comunicara”.

Los bohemios corrieron y penetraron en el hospital. Antes de que llegaran a la habitación, el autor salió. Empuñaba manuscritos. Aturdido, lanzó un grueso número de páginas contra los bohemios. Ellos se detuvieron. Las páginas se dispersaban mientras el autor decía:

—La tormenta acabó. Escuchen mi último manifiesto: “*La belle époque ha llegado. Resplandece el túnel que nos conduce al abismo. Nos queda ejecutar el salto mortal y, libres, nuestros espíritus vagarán eternamente*”.

UNA ESFERA DE TOPACIO

Yo siempre desee vivir durante minutos (voluntariamente) mi pasado, ello porque nada es más digno de reconstruirse que los errores. Lo anhelé profundamente, tanto o igual que un niño requiere de un juguete por inalcanzable que pudiese serle. Pero: el destino me deparaba la dicha de un hallazgo milagroso.

La mañana del 13 de Abril de 1952, bajo un sol radiante, fuertes vientos y polvo, yo deambulaba alrededor de la *Plaza de los Hechos*. Tropecé, de pronto, con una esfera de topacio. Maravillado por su atractivo, pensé en un lugar donde transecurrió mi pubertad: *los Campos Petroleros del Zulia, Venezuela*. Entonces, la esfera emanó energía. Ella se introdujo en mi *Ser Físico* y perdí la visión del presente para abordar aquella remota víspera. Reviví acontecimientos hoy registrados por duplicado en mi subconsciente. A modo de prueba, alteré algunas decisiones que creí irrevocables. Por ejemplo:

—El 8 de Enero de 19... , en el *Campo Urdaneta*, rehusé amar a Donna Ocampo. Si mal no preciso, la

desprecié cobardemente. Temí poseerla bajo un árbol, ante el supuesto peligro de que un gendarme nos aprehendiese y arrestara: *semejante infortunio mancharía el honor de mi amiga*. Absurda presunción de otros tiempos, más regidos por la imbecilidad que por la lógica. Y bien; cambié el curso de la historia: *forniqué*. Luego, sin dificultades de ninguna índole, regresé al presente. Guardé la esfera donde nadie que no fuese de mi absoluta confianza pudiera encontrarla; entre las raíces de un aragüaney altísimo, frondoso y feliz. Ese día el sol no estaba luminoso. Las nubes hacían formación al modo que dicta la moral militar. El calor que precede a la lluvia sofocaba mi falibilidad. Pensamientos indescriptibles, casi ecuaciones, se golpeaban los unos a los otros dentro de mi recinto craneano. Por lapsos inferiores a segundos, tuve la sensación de que la lluvia se precipitaba en mi hipófisis.

—*Nunca podrás ferrar tu descendencia ante la sociedad, sinvergüenza* —me hizo volver en mí una mujer, alta y malformada, a quien acompañaba una hermosa joven.

Rasgos que me eran familiares, esa mirada triste y el dejo melancólico que me atribuían los amigos y amigas, capté en la muchachita. Dulcemente, ella me miraba e interrogué a la mujer:

—¿Quién es usted?

—¿No me recuerdas, miserable? —inquirió con rabia.

—No, Señora...

—*Soy Donna Ocampo.*

SUCCIÓN

Suzanne intentaba comunicarse telefónicamente. Mientras tanto, Juan se colocaba detrás de ella para esperar turno. Una y otra vez, la mujer insistía. Pero, las lluvias habían entorpecido las comunicaciones. Luego de recorrer con ojos morbosos la figura de Suzanne, Juan le oyó decir:

—Es su turno, Señor...

—Gracias —replicó y aprehendió el aparato que ella, con rara cortesía, le extendió.

Juan logró dialogar con su hermano y, después de un minuto, ofreció su ayuda a la dama:

—Si no le molesta, Señorita, la ayudaré. Quizá yo tenga mejor suerte...

—De acuerdo —murmuró ella y, sonriente, le dictó los números.

Más tarde, Suzanne charlaba con sus familiares. Como llovía, y al darse cuenta de que ella no tenía un paraguas, Juan la esperó. La dama culminó y, maravillada, vio que él la aguardaba.

—La llevaré bajo mi paraguas, Señorita —enunció Juan.

—¿Vaya donde vaya?

—Si su cuerpo es el infierno, que me lleve el Diabolo a sus legiones.

—Ja, ja, je... Es muy gracioso usted, y también atrevido. Sinembargo, acepto.

—Entonces: ¿hacia dónde va?

—Cualquier lugar...

—¿Le gustaría ir a mi apartamento?

—¿Qué haríamos allá?

—Eseuchar música, tomar vino o... lo que desee.

La mujer miró la lluvia, por espacio de tres minutos, y reflexionó. El ambiente era triste, como una tarde en el páramo. Varias *Hormigas Reinas* sobrevolaban sus cabezas, empezaba a llegar más gente y el sol parecía anunciar el ocaso. Escribió, con ternura, los ojos de Juan y dijo:

—¡Está bien! ¡Vámonos!

Durante el camino, bajo la lluvia que arreciaba aún más, ambos dejaron correr la imaginación. Juan creía verla desnuda, bellísima, en su cama del siglo XIX. Y él, enloquecido, la fustigaba de placer y dolor por el exceso. Ella recordaba, a su vez, el día que vio a un burro hacerle el amor a una yegua de rubí. Pero, al fin, llegaron. Juan le señaló un sofá. Ella se dejó caer, aparentemente exhausta, sobre el mueble.

—Le traeré vino —sentenció Juan—. Antes, activaré el reproductor de música. ¿Quiere deleitarse con un poco de Rock-Clasic?

—Con lo que usted elija.

—¡Yo elijo esto! —continuó Juan, mostrándole medio metro de pene endurecido.

La música retumbó. Ya Juan se había despojado de las ropas. Acercó su miembro a la boca de ella, con los ojos desorbitados. Suzanne miró, con estupor, el pene erguido y lo mordió. Sucesivas veces lo mordía, con rabia, y la saliva se mezclaba con el lubricante natural. Al cumplirse los quince minutos de succión, del peñe brotaron centenares de renacuajos que inundaron la boca de la mujer. Tragó, con placer y odio, y se quitó la falda. Juan la vio danzar, presa de la excitación, y su apéndice se puso más rígido.

Con las piernas abiertas, Suzanne esperó que Juan penetrara por entre sus labios vulvares. Estaba tirada en el sofá, bañada de sudor y renacuajos de colores. Enceguecido, él se introdujo a cuerpo entero y se oyó el ruido propio de la deglución.

NOCHE DE ROCK Y VINO

En la *Noche de Rock y Vino*, me hallo bajo la luz de una lámpara inalcanzable. Estoy solo y en espera de tres personas. Un insecto sobrevuela el recinto donde una modesta biblioteca sorprende por su irregularidad. Aún no he bebido la primera copa de vino. El insecto, algo minúsculo y rápido, atravesó la pared y yo, abstraído en la reflexión sobre el padre de la Filosofía, ese rígido hombre a quien se le nombró *Tales de Mileto*, presumo mediocre el argumento que le mereció el título de *racionalista*. Diligenció ante los más sabios que el sol, hasta entonces tenido como uno de los dioses, era sólo una masa incandescente.

—Es una *Noche de Rock y Vino* —recordé—. Atribuiré al cansancio mis especulaciones extemporáneas. Estoy agotado. Quiero comprobar si es cierto que puedo develar mi profundo, mi subconsciente, a través de la reina de las drogas heroicas.

La noche era ineluctablemente hermosa, más por la lluvia que por la obscuridad casi plena. Bebí el

seúnte fuma, bajo el paraguas, y otro camina sin destino aparente, mojándose, presa del mutismo: *ese soy yo*. No tengo destino mortal. La lluvia cae y experimento flotar en el espacio. Mi propio espacio vital.

Pero: "Dios mío, Dios mío: ¿por qué si repudio el exterminio cuando lo evoco, atormentado, sublime su importancia?"

—Es una *Noche de Rock y Vino*. Atribuiré al cansancio mis especulaciones extemporáneas. Estoy agotado. Quiero comprobar si es cierto que puedo develar mi profundo, mi subconsciente, a través de la reina de las drogas heroicas.

JUEGO A LIBROS

Era la medianoche cuando Edma, Amelia y Nomus abordaron la oscuridad: el misterio de los vicios, con las barajas. Nomus da las cartas, sin rapidez, y fuma. Repartió cinco, a cada una de ellas, mientras contemplaba el portón frontal de la casa. El cielo, despejado, amenazaba con ofrecer una noche calmada. Todos, simultáneamente, clavan la mirada a las cartas en busca de Ases. Edma interrumpió el silencio:

—Apuesto la concepción que del escepticismo posee, o creyó poseer, Hessen.

Nomus la miró y, con tristeza, dijo: "*Acepto a cambio de un seminario sobre Engels*". Amelia sonrió; luego, en actitud reflexiva, bebió un sorbo de vino. Movi6 negativamente la cabeza y se retir6 de la partida. Confes6 que no tenia suerte con los tr6boles y las copas. Nomus bot6 cuatro cartas, y se qued6 con el As de oro. Edma bot6 una y, de inmediato, Nomus le extendi6 otra. Edma corrigi6 a Amelia. Le dijo qu6 ese tipo de cartas no tenian tr6boles.

Seguido a ello Edma formuló, con ironía, que Hessen se había subordinado ante el *positivismo* (aunque pareciera absurdo, por su condición religiosa) desde el momento que lo refutaba. Agregó:

—Los hombres del saber son infinitamente ignorantes porque se confunden al ejecutar actos triviales. Un seminario sobre Engels no es suficiente, a mi juicio, para esta partida.

—¿Por qué? —preguntó Nomus, notablemente sorprendido.

—Engels se declaró adverso al mundo suprasensible cuando escribió sus reflexiones en torno a la Filosofía Clásica. Es formidable su tesis atea, anti-egipea y anti-griega, porque es absolutamente aceptable en nuestro tiempo; pero, es inadmisibles a la suprema escuela de Feuerbach. Tanto tú como yo condenamos a Engels por su aversión al pluralismo ideológico.

—Antes no protestaste. Me parece tonto que ahora lo hagas. Además, tu argumento carece de importancia.

—Procedes como quienes prefieren la sumisión, el facilismo y la mediocridad.

—No; procedo como quienes se aburren de lo especulativo. Tú eres especulativa, Edma.

—¿Apostarías una semana de tu tiempo?

—Elige un autor de quien estaré obligado, en caso de perder, a darte seminarios.

—Kafka.

—Es bastante, pero apostaría.

—Entonces hazlo porque, sobre mi primera apuesta, sumo otra: un ensayo mío titulado "*La Derrota de los Hombres Pragmas*".

Nomus calló. Sabía que, al igual que Engels, su espíritu no estaba alejado del mundo suprasensible. Obstinaba en no admitirlo, nada más. El era un "extranjero" en el ámbito que lo vio nacer, y que negó durante años con su invencible silencio. Descaba despertar de la pesadilla del *Juego a Libros*, proscrito por gobiernos militares. Amelia articuló de pronto:

—*Salvo el mismo entendimiento, ningún criterio vencerá a su contrario.* El juego, gane quien gane, habrá servido para exaltar los ánimos.

—¿Por qué excluyes al entendimiento del acto de ganar? —preguntó Nomus, apacible.

—No interrumpas nuestro juego —vociferó Edma, y miró a Nomus—. Ya tendrás oportunidad de una apuesta fundamentada en tu razonamiento.

Edma se levantó, caminó hacia la calle y recogió un saltamontes que estaba encima de la acera. Nomus se impacientó:

—¿Qué te ocurre, Edma? —le preguntó y miró sus manos.

—Encontré un saltamontes.

—¿Y qué? —dijo Amelia.

—Que ahora soy rica. Compraré vestidos, autos y casas con él. También otras cosas que se me escapan de la memoria; y estoy segura de que, aunque compre la mitad de la ciudad, me devolverán algunas tortugas. Con ellas abriré una cuenta bancaria.

—¿Y nuestro juego? —insistió Nomus.

—Estoy tan emocionada, tan feliz, que me iré para contar a mi familia lo del hallazgo. Prepararé una fiesta. Están invitados.

Metió, Edma, el saltamontes en el bolso y partió. Nomus, pensativo, recogió las cartas. Miró a Amelia y dijo:

—¿Qué harías con un saltamontes?

—No sé —declaró la otra, sin meditarlo.

—Yo lo mataría.

—¿Por qué.

—Hace muchos años tuve una hermosa siembra de textos escolásticos, y de antologías poéticas mundiales. Un día, un ejército de saltamontes irrumpió mis terrenos y devoró todo... Malditos.

LA VOLUNTAD

En la salida del hospital lo esperaban su hermano y dos amigos. Tenía el rostro de enfermo desahuciado, pero podría vivir varios años más. El traumatólogo le había dicho que si se esforzaba en amar al mundo, en adherirse a él, subsistiría.

—Para un hombre como yo —dijo de pronto, entristecido, ante la mirada de los enfermeros—, cansado y viejo, nada importa más que el reposo eterno...

Los enfermeros dejaron, con metálica amabilidad, a Nomus en manos de su hermano. Sonreídos, los amigos bajaron sus cabezas. Luego lo montaron en un automóvil blanco. Fueron al camposanto, a escasos kilómetros del centro de la ciudad. Su hermano le señaló el lugar exacto donde planeaban enterrarlo. Nomus observó apaciblemente las cruces. Le advirtió a sus acompañantes que no veía bien desde el automóvil e imploró lo bajaran para acercarse. Entre todos lo sacaron. Como estaba envuelto en yeso hasta el cuello, le resultaba difícil mantenerse

de pie sin apoyo. Lo ayudaron a caminar. Llegan al umbral del camposanto donde, abstraído, un guardián juega con las hormigas. Por cobardía, Nomus se abstuvo de preguntar al vigilante la razón por la cual su cuerpo era escamoso. Ese individuo parecía un ensayo de *hombrepez*. Para colmo, los saludó con la emisión de un chillido primitivo. Ellos ignoraron al raro sujeto y atravesaron el portal. Se adentran y oyen las ranas cantar alegres. Nomus sintió, de repente, frío en el ano. Está frente al habitáculo que espera por él; es decir: *a un paso de la fosa*. Con la esperanza de que entraría a una vida mejor y no a la nada, escrutó la luna en menguante.

—De acuerdo, hermano —proclamó Nomus, con voz grave—: me gusta el sitio. Al menos estaré lejos de los ruidos.

Su hermano no hizo comentarios. Los amigos contemplaron, durante varios segundos, al deshaciado. El guardián los interrumpió e informó:

—Caballeros, afuera una persona espera por ustedes...

Cuando salían, las ranas ya no cantaban. En la entrada, impaciente, un sacerdote leía la Biblia. A excepción de Nomus, todos besaron las manos del religioso.

—Hijo mío, hijo mío —repetía el cura y miraba al enfermo—: ¿por qué tú no besas mis manos? —He venido a confesarte...

Nomus se mantuvo callado examinándole la sotana y los ojos.

—Hijo mío, hijo mío —insistió, compasivo, el sacerdote: ¿me has escuchado?

—No besé sus manos porque las tiene sucias —al fin replicó, irascible—. Y no me confesaré porque no temo a Dios; sólo le temen a Dios aquéllos que algo ocultan: los hombres que hieden...

—¡Cuán necio eres, hijo mío! —¿Qué ha sido la existencia para tí?

—Vivir es morir lentamente. Es abordar una ruta de dolor y angustia carnal. Es cavar una tumba intangible...

Ninguno habló durante cinco minutos. Nomus comprendió que aún era un hombre inmaduro. A su edad, todavía se preguntaba si valía o no la pena fallecer. Recordó las palabras del traumatólogo: *Con voluntad vivimos pero, igual con voluntad, podemos morir. Yo ejecuté mi trabajo. Ahora deberá usted asumir el suyo.*

Nomus le susurró al oído de su hermano unas palabras. Este le comunicó a los amigos que lo llevasen de nuevo al automóvil. Lo hicieron. La máquina se desplaza rumbo a un negocio de féretros. Una vez ahí, el desahuciado escogió un ataúd de mármol. Las formas externas eran medievales. Tuvo la certeza de que sólo en ese cajón viajaría a otro mundo.

—¿Cuánto vale? —investigó su hermano al dueño.

—Dos mil tortugas de plata, Señor — dijo, con seguridad, el otro.

Pagó y, al mirar en dirección al féretro, captó a Nomus cuando se encerraba en él. Nadie, jamás, volvió a verlo.

EL CRIMEN

El mesonero se acercó, sigiloso, a la mesa donde estaba Mohamé.

—Señor: ¿desea comer? —interrogó con actitud deferente.

Mohamé no respondió. Extrajo una libreta de apuntes del saco. Después la puso sobre la mesa. Registró sus ropas en busca de un lápiz.

—Señor —insistió el joven mesonero—: ¿qué le place pedir?

—Un té —dijo, con indiferencia, sin mirar al otro.

—Aquí no vendemos té, Señor...

—Entonces, *tráeme una cerveza.*

El chico se alejó con pasos exactos. Mohamé encontró un lápiz en el bolsillo izquierdo de su pantalón. Procedió a escribir: *La Tierra ha dejado de rotar.* Levantó el lápiz cuando al mesonero se le cayó la cerveza que se disponía a servirle. El muchacho

estaba a unos tres metros de él. Pronto se arrodilló para recoger los trozos de vidrios. Mohamé experimentó momentánea náusea. Suelta el lápiz. Sacó una subametralladora que ocultaba entre el vientre y la cinta elástica de su pantalón. Observa los movimientos, nerviosos y afeminados, del joven.

El mesonero terminó de ordenar los trozos de vidrio en el plato metálico de servicio. Mohamé aprieta, con fuerza, la subametralladora. El chico lo mira y se asusta al verle un siniestro brillo de presagio en sus ojos. El ámbito oscureció. Mohamé accionó el gatillo y la primera ráfaga perforó la frente del muchacho cuyo cuerpo, cual una pluma, comenzó a elevarse mientras el resto de las balas le atravesaban las costillas y el pecho. El cadáver cayó encima de una mesa que ocupaban un oficial, su esposa e hijas. El muerto abrió sus párpados y, al darse cuenta de que estaba absolutamente sin vida, volvió a cerrarlos.

Mohamé escrutaba, abstraído, la humeante subametralladora. Los espectadores, aún irresolutos, murmuraban entre sí. Sólo el militar reaccionó irguiéndose. Vio fijamente los ojos de Mohamé quien, indiferente, permanecía sentado en la mesa frontal. Puso el arma junto a la libreta. El oficial se acercó apuntándole con su pistola reglamentaria.

—¿Cuál es su nombre? —indagó, sin dejar de apuntarle la cabeza...

—*Mohamé.*

—¿Tiene permiso para portar armas?

—No: ¿vas a detenerme?

—En efecto.

El uniformado hizo una señal al propietario del restaurante que, de inmediato, usó el teléfono y demandó la presencia de una patrulla y varios agentes ordinarios.

—Siéntate, oficial —exigió Mohamé, con repugnancia, mirándole las medallas.

El hombre accedió. Su esposa e hijas se incorporaron en un intento de esquivar la sangre que brotaba del cadáver, absurdamente dormido, que yacía en la superficie de la mesa. Presa de un pánico inaudible, una de las muchachas temblaba; la otra abrazó, en un ataque de angustia, a su madre.

—Ha matado a un hombre —rompió el silencio el oficial—: ¿Por qué

—¿De verdad no lo sabes?

—¿Cómo habría de saberlo?

—Si lo ignoras: ¿a qué se debe que desees arrestarme?

—Usted es un asesino. . .

—Demuéstrame, imbécil —dijo, recio, y sus ojos enrojecieron.

—Tenga paciencia.

Cuatro gendarmes irrumpieron al local. Lucían impecablemente vestidos y portaban ametralladoras. El ambiente era pesado y se respiraba olor a sangre fresca. Los agentes, luego de mirar en derredor, se

dirigieron hacia la mesa donde estaba Mohamé y el oficial. Hubo un corto silencio. Uno de los policías ordenó:

—De pie, oficial. Considérese preso.

—Pero... ¡¿Qué significa esto?! ¿Yo?

—¿*Todavía no lo sabes?* —preguntó, irónicamente, Mohamé.

—¡Oigan! —repetía el hombre—: ¡Soy oficial del ejército!

—Vámonos —expuso, molesto, el gendarme.

Los demás agentes agarraron por los brazos al oficial. A empujones se lo llevaron ante la mirada pensativa de Mohamé que, con cautela, se levantó y recogió la subametralladora. Volteó en dirección al público y declaró:

—*Ningún crimen queda impune.*

Por primera vez sucedía en la tarde; era una hora hábil: las 3 p.m. X me despertó con sus dóciles manos de escritor. Me apretó la cabeza sin hacerme daño, me miró y sonrió. Una mujer que estaba tirada en la cama, desnuda, abrió las piernas. Me ruboricé. X me abofeteó con cariño, me empujó hacia el túnel y perdí la visión. Adentro fluía un líquido hediondo, denso y blanco, que me produjo placer. X me empujaba en dirección a lo más profundo del túnel, con fuerza. Mi cabeza tocaba levemente una pared blanda, y mi piel experimentaba cosquillas.

Cinco minutos después empecé a marearme. En el interior estaba muy oscuro el ambiente, todavía. X me empujaba, con efusión, me sacaba hasta el umbral del túnel y me movía en círculo. Yo oía su voz: era entrecortada, como asfixiada. La de ella era rabiosa. Tengo la certeza de que la misma lo golpeaba cuando él más me hundía en el túnel.

A los quince minutos sentí náuseas. X me empujaba, sin cesar, y yo quería salir. Sin embargo, algo me agradaba: la succión del túnel. Por instantes

creí hallarme en una nube. Mi cabeza era golpeada contra la pared, y mi náusea aumentaba. Quise vomitar pero, por razones que me son inexplicables, X lo impedía. La mujer lo mordía y él gritaba, hundiéndome. Intenté vomitar, pero de nuevo X lo impidió. En el túnel algo se desbordó: fluía abundante líquido en el momento que me sobrevino la náusea otra vez y vomité, al fin. El vómito chocó contra la pared y X, enfurecido, me sacó del túnel. Me golpeó, me llevó al baño y me lavó.

La mujer se acercó a X. Me miró con aparente felicidad. Me besaba la cabeza mientras X le acariciaba los cabellos. Ella comenzó a chuparme, con rabia. Creí y sentí la maldita náusea. X golpeaba a la mujer quien, enloquecida, me mordía y escupía la cabeza. No pude más: vomité en su boca.

EL ESCRITOR

La mujer violada permanecía sentada en el piso, inmersa en un estado mental parecido a la hipnosis. El victimario, de pie, se entretenía orinándole la cabeza. Cuando hubo terminado, se vistió rápidamente. Ella, sin hablar, permite que las gotitas del tóxico penetren en sus ojos.

Fue la primera vez que *El Violador* ultrajó a una dama en plena calle, exaltado, ante la mirada de los transeúntes. Algo aprendió entonces: *que ni con actos más deplorables recuperaría su antigua fama de hombre vil*. La gente escrutó con frialdad el forcejeo. No pudo disimular el hondo malestar que le produjo la indiferencia de los demás y proclamó:

—¡Piedras! ¡Ustedes son piedras!

Luego volvió a desvestirse y excretó sobre la cabeza y espalda de la mujer que, irascible, lloró un líquido amarillento parecido a la manzanilla. Sus sollozos provocaron el arrepentimiento de *El Violador* quien, en un gesto supremo, se arrodilló ante ella y le besó los pies. Después le lamió todo el cuerpo hasta dejarla pulcra.

Más tarde, la atmósfera se puso oscura y *El Escritor* despertó sudoroso. Comprende que ha soñado una pesadilla. Al incorporarse en la cama, se dio cuenta de que tenía fiebre. Se levanta, sin fuerzas, y se dirige hacia la ventana. Desde ahí observaba perfectamente la ciudad; era el décimo piso.

Desnudo, se mantuvo presa de la agonía. Repentinamente, sonó el timbre del apartamento. Reacciona y camina rumbo a la puerta. Abre:

—¿Conoce a la mujer? —preguntó *El Visitante* sin atravesar el umbral, mostrándole una fotografía.

La chica que aparecía en el papel revelado era la misma que, minutos antes, vio *El escritor* en la pesadilla.

—Despierto nunca la ví —dijo al fin, con aire de seguridad.

—No lo entiendo, Señor: ¿qué quiso expresar?

—Nada. Sé quién eres y qué buscas; *vete*...

Abruptamente, *El Escritor* cerró la puerta y experimentó náusea. Vomitó, sobre la puerta, la sopa de espárragos que ingirió dos días atrás. El vómito se deslizó hasta el piso y escapó. *El Visitante*, que aún estaba tras la puerta, observó cómo la crema manchaba sus zapatos. Activó de nuevo el timbre. El otro abrió con intenciones de gritarle palabrotas a la cara pero, de modo inexplicable, su voz salió en murmullo:

—*Déjame en paz.*

—Pero, Señor: soy agente especial de homicidios. Estoy al servicio del Estado. Necesito hacerle algunas preguntas...

—Márchate; yo te escribí: eres el asno que incluí en mi última novela. Si no te vas, haré que lo lamentes durante el resto de tu existencia, Maldito...

Con rabia, *El Visitante* sacó su arma y la colocó entre los ojos de *El Escritor*. Ambos se miran varios segundos, en silencio. *El Escritor* corre y llega a la mesa. Desesperado, busca el manuscrito donde supuestamente inventó a *El Visitante*.

—¿Buscas esto? —indagó el agente con el manuscrito en una mano y el revólver en la otra.

—Dámelo...

—¿Para qué? ¿Acaso planeas borrarame?

—He dicho *dámelo*...

Con ira, *El Visitante* lanzó las cuartilas al piso. *El Escritor*, angustiado, lo tomó y buscó la página exacta donde creó a su interlocutor. Halló el párrafo y, en el momento que quiso borrarlo, su enemigo disparó.

EL VERDUGO PIADOSO

Colgó la hamaca entre dos columnas situadas en el patio semitechado. Los cilindros de hierro habían sido contruidos por él, con ociosa intención, para usarlos de sostén. Luego se dirigió hacia donde estaba el perro, lo levantó y acostó sobre la red.

El perro, inalterable, prosiguió su sueño con más placer. El hombre lo acarició y después, ensimismado, fue hasta el lecho de aserrín inicialmente destinado para el animal. Se pone horizontal. Desde ese punto vigilaba al canino. Siempre estuvo alerta ante la eventualidad de que el pobre se cayese de la hamaca.

Cruza los brazos bajo la cabeza y piensa en su hermano, Rudolfo, a quien no ha visto durante un mes. Se imagina que está ante él, de pie, indiferente a las palabras angustiosas que brotan de su hermética psiquis. Pronto, volvió de sus recuerdos. Le costaba aceptar que Rudolfo permaneciera encarcelado.

Pero, justificaba la escena sangrienta (aún fresca en la memoria de muchos testigos) donde su hermano ejecuta a dos hijos y la esposa.

Para Rudolfó sus infortunios no terminaron con aquel monstruoso acto. Lo juzgaron y sentenciaron a prisión perpetua. *Es mi hermano una víctima de las leyes de los hombres* —elucubró mientras encendía un cigarrillo—. *¿Con qué manos asesinó a su esposa e hijos? ¿No fue, acaso, con las que Dios le hizo a su imagen y semejanza?*

Esas extrañas interrogantes asediaban su conciencia. Miró el reloj. Va rumbo al depósito de la cocina. Del lugar extrajo una pistola vieja, casi oxidada, que guardaba una bala. La limpia.

Ocultó el arma en un maletín junto con ropa recién lavada. Sale, velozmente, en dirección al retén. Llega.

—Agente: ¿me permite entregar, personalmente, esta ropa a Rudolfó? —imploró.

—Todavía no es la hora de visita —replicó el otro.

—No estaré mucho tiempo con él.

—De acuerdo —dijo el custodia visiblemente molesto—. Tiene usted sólo cinco minutos para hablarle y un segundo para irse.

El policía lo condujo hasta la celda. Abrió. Silencioso, el vigilante penetró. Rudolfó lo miró con tristeza. El agente cerró de nuevo el calabozo y se alejó

—¿Qué me has traído? —preguntó el recluso, al tiempo que el visitante destapaba el maletín.

—*La libertad, hermano, la libertad...*

—Es difícil entender que pueda ser libre bajo el rigor de una jaula casi inexpugnable.

El visitante le extendió un cigarrillo al reo y dijo:

—Difícil, es cierto, pero no imposible.

Rudolfo se mantuvo en silencio. Un ave pasó muy cerca de los barrotes de acero de la ventanilla. El visitante se inclinó encima del hermano y lo abrazó.

—Debo partir ya —infirió—. Toma la pistola. Adiós...

Sin mirar, Rudolfo agarró el objeto frío y duro. El visitante sonrió y se separó. Se miraron y experimentaron despertar de un breve ensueño. Se estrecharon las manos y el agente abre la puerta de barrotes.

—Está bien, es suficiente —dijo, con autoridad, el policía—. Salga...

El visitante obedeció. Oyó, al caminar, el ruido de las llaves que sellaban la celda y sintió adentrarse al mundo de luz con la convicción de haber ayudado a su hermano.

Al llegar a su casa recorrió, cabizbajo, el pasillo que conducía al patio. Se detuvo frente a la hamaca al ver que algo goteaba. Los huesos le temblaron. Se acercó y palpó al perro, muerto, que sangraba por las sienas.

LA PARADURA

Habían escondido al niño. La gente se preparaba para buscarlo, según dictado de la tradición merideña. Yo lo tenía, pero creí que no abriría cuando tocasen la puerta de mi habitat. Pensé también que, si lo hacía, bajo el agobio de la insistencia, no permitiría que entraran. No he culminado la narración de esta primera parte cuando, lo juro, acaban de tocar y oigo voces. Muchas voces, como si una turba de locos se hubiesen puesto de acuerdo para venir a charlar frente a mi casa.

—¿Buscan al niño? —pregunté, con violencia, una vez que abrí—. No lo tengo, ¿eh?

No me creyeron. Quizá alguien, lógicamente, me precisó robándolo, la víspera: el sereno, o el guardián del *Ministerio de Relaciones Interiores*. Ahora se me antoja que me sentí observado cuando merodeaba la *Iglesia El Llano*. Recuerdo que al principio tuve la ocurrencia, imperdonable hoy, de creer que

se trataba de una muñeca de las que usan los brujos para sus hechizos. Fue la única razón que me indujo a tomarla. En mi casa me dí cuenta del error.

—Dije que no lo tengo —proseguí con los curiosos, en voz alta—. ¡Váyanse!

El grupo se dispersó. Molestos, cada uno atribuyó al otro el extravío del niño. Al otro, *su otro*, quise decir. Eran idénticos; podría atestiguarlo ante un *Tribunal Supremo*. Se diferenciaban en sólo un asunto: *el tamaño*. Unos medían dos metros, otros se erigían enanos. Pero sus ojos, pómulos labios, cabellos y mentones parecían haber sido ejecutados por la misma mano de un pintor cobarde. Porque nadie, que no sea un cobarde, hace en serie producciones de hombres.

Y bien; yo los miraba por el ojo mágico de la puerta, mientras el niño detrás de mí pretendía herirme con una hojilla oxidada. Afortunadamente no me cortó la pierna porque, de pronto, volví mi rostro hacia él y le ordené que la soltara. Obedeció y yo, enfurecido, lo levanté hasta la altura de mis ojos. Rabioso lo escupí, varias veces, y lo tiré contra el piso. Tuvimos la misma idea porque mis esputos chocaron con los suyos, en el aire, antes de lanzarlo al suelo.

El pequeño rodó y, malherido, puso fin a mi ira su muerte. La atmósfera oscureció, pero de nuevo tocaron la puerta. Encendí las luces y abrí:

—¿Otra vez ustedes? —pregunté en alta, clara y firme voz—. ¿Aún creen que lo tengo?

Asintieron con las cabezas. Yo los persuadí, rápidamente, de que nadie lo tenía puesto que nadie así lo declaraba. Les hice comprender que mi palabra de hombre, y mi pulera conducta durante los años que acumulaba junto a ellos en *Mérida*, valía más que la desconfianza que siempre me reservaron. Que si fuere alguna vez culpable del robo de un niño, o de cualquier cosa, para ellos sería un honor mi condición de ladrón. Por último les expliqué todo cuanto la ficción permite a un hacedor y ellos, por suerte, se alejaron conformes.

SUICIDIOS

—Madre —dijo Carmela—, mira ese cerdo.

Donna obedeció y nada vio. Mira a Carmela y hace un gesto de escarmiento. Carmela comenzó a ver un cerdo después de haber cumplido los catorce años, y constantemente lo manifestaba. La nueva situación, cuando estaba incipiente, pasó inadvertida por Donna: pero, aquella tarde decidió comentar a su esposo lo que ocurría.

Raúl Santander regresó antes del ocaso. Encontró a Donna abstraída, sentada en el sofá, y a Carmela en el piso: leía un texto budista, vieja edición en Inglés.

—Hola, familia —dijo.

Donna se incorporó: no se había dado cuenta de la presencia de Raúl. Carmela soltó el texto y corrió para abrazar a su padre. Le dio un abrazo inusual, más fuerte. Raúl notó que Carmela no portaba sosten. Los senos de la pequeña, perceptibles a través de

la blusa, se mostraban púberes: extremadamente vírgenes y provocativos. En los últimos tiempos, Raúl intentó acabar con el hábito de Carmela de entregarse desesperada a los brazos de él: no era una niña ya y su cuerpo se palpaba cálido, excitante.

Comprendía, Raúl, la urgencia de encontrar una solución adecuada respecto a lo que acontecía: pero, a la vez, obstinó en dejar que el asunto reventase por sí mismo.

—Está bien, Carmela —murmuró Donna, sonriente—. Es mi turno.

Donna abrazó a Raúl, con profundo amor. Sentía por él, además de amor, admiración y respeto. Raúl representaba al esposo ejemplar, apegado a su familia, comprensivo y sano. Donna deslizó sus brazos alrededor del cuello del hombre, y articuló:

—Te amo.

Raúl se estremeció. Cada vez que ella le decía esa frase recordaba días pasados: cuando la conoció. Las imágenes le asaltaron: vio una tarde de abril del año 1912 proyectada, como un auténtico film, en las pupilas de los ojos de Donna. Ambos, bajo un árbol en la Facultad de Derecho, se revolcaron desnudos. Raúl encarnaba su póstumo en cualquier parte, enloquecido, y ella gritaba gemidos reptiles. Ahogada en placer, le decía: —*Te amo, te amo, te amo...*

—Papá —vociferó Carmela, interrumpiéndolos. ¿Qué me trajiste de la calle?

—Carmela, yo... Perdóname.

—¡Bah! ¿Por qué estás olvidándome?

—No seas tonta, Carmela —expresó Donna—. No te olvida. ¿No puedes entender que el exceso de trabajo, en el bufete, nos pone distraídos?

Donna también era abogado; egresó un año después que Raúl. Entre ambos fundaron un bufete. Ella lo atendía dos días a la semana, y él durante todo el mes.

—No lo creo —insistió Carmela, irascible—. He contado los días que has acumulado sin traerme dulces.

Raúl miró los ojos de Carmela, luego sus labios. Por su parte, ella sintió un súbito calor vaginal. Se daba cuenta de que su padre la observaba de un modo inusitado, pero ello distaba mucho de molestarle. Carmela fijó, de pronto, sus ojos en dirección al sexo de su padre. Raúl experimentó bruscos orgasmos y gritó.

Carmela se alejó, rápidamente, sin decir palabra alguna. Donna la siguió con la mirada. Carmela entró a su habitación y cierra la puerta. Segundos más tarde, Donna examinó la zona sexual de Raúl. Su pantalón, humedecido, delató lo sucedido. Ella esperaba una explicación, pero él permanecía con la vista clavada en la puerta de la habitación de su hija.

—Raúl: ¿qué significa la humedad en tu pantalón? ¿Por qué gritaste? —preguntó, enfurecida, Donna.

—¡Calla! —exclamó el otro.

Seguido por Donna, Raúl entró a su recinto. Ella mostró intranquilidad, confusión e ira. Atemorizada, agregó:

—¿No responderás?

Raúl no contestó y se entregó a la tarea de quitarse los zapatos. Mientras, Carmela reía y una baba morbosa brotaba por su boca. Está desnuda y se introduce los dedos en la vagina, con fervor. El cerdo se presentó en ese instante. Ella abrió las piernas, plenamente, y el animal le besó la pelvis. Pronto la poseyó, la dejó exhausta y huyó por la ventana.

Al siguiente día, Raúl prefirió caminar por la ciudad y no atender las citas en el bufete. Incansable, caminó. En cada librería se detuvo para leer las revistas, pero no adquirió ninguna. Al pasar por la calle del mercado popular, vio a un hombre tirado en el suelo: de pie, otros lo orinaban. Cuatro sujetos le rociaron el pecho, rostro y piernas.

Raúl corrió por entre los transeúntes y se perdió del lugar. Buscó un auto, frente al bufete, y partió rumbo a su casa. Llegó. Cuando se bajaba de la máquina, un periodista y numerosas personas lo rodearon. El periodista lo fotografió e inquirió:

—¿Por qué decidió entregarse a los detectives, Doctor Santander?

—¿Sobre qué me hablas? —dijo, confundido. Raúl, y se abrió paso. Atravesó la puerta de la casa y vio, con estupor, a Carmela colgada del techo. Al fondo, igual percibió a Donna y al cerdo ahorcados.

—Aplaudo que haya venido —enunció el detective encargado del caso, en tono burlón.

—Soy inocente —replicó, presa del terror, el otro.

—Todos juran lo mismo.

—No soy hombre ordinario, detective.

Raúl se llevó las manos a la cabeza y se dejó caer encima del sofá. Lloró. El detective, con ojos mordaces, lo asedió:

—Levántese, Doctor. Vámonos.

—Soy inocente —aseguró Raúl, víctima de los sollozos.

—El juez lo dictaminará.

—No iré: ¿no entiendes que ignoro las premisas del suceso?

—¡Basta! ¡Vámonos!

—De acuerdo. Pero: ¿me permites ir al baño?

—Hágalo, rápido.

—Sí: *rápido*.

Raúl penetró al baño y cerró, con llave, la puerta. Sacó del estante un machete y se quitó la cabeza, la cual cayó dentro de la poceta. El cuerpo, semivivo, accionó el sistema mecánico para cambiar el agua.

POST-SCRIPTUM

No me inicié en la literatura por tener una naturaleza obsesiva. Desde niño preferí reflexionar, lo juro, porque ello me hacía feliz. Tuve una niñez apacible, solitaria. Y con frecuencia experimenté que cosas importantes, inusitadas, fluían en mi mente. Quiero decir, cosas para mí importantes: razón por la que, quizá, produjo mi primer cuento a los nueve años. La escritura comenzó a formar parte de mi mundo, de mi conciencia, y con ella surgieron insólitos conflictos que hoy prefiero callar.

El relato debe tener rigurosidad y, bajo el influjo de la libertad absoluta, sonido. Debe brotar como un manantial; límpido, sin el obstáculo del esfuerzo ciego. A mi parecer, la principal exigencia para quien pretenda hacerse escritor es la vocación. Quien sin vocación escribe, hace del verbo triste ejemplo de mediocridad.

Sostengo la idea de vivir en un mundo emancipado de leyes y gobiernos porque, siendo todavía un niño lo comprendí, es la única forma de que el

crimen se esfume. Los criminales desaparecerán el día que no hallen la más lógica respuesta a sus actos: el castigo. Existe el crimen por virtud de una pena que en manuales legislativos espera, absurdamente, la presencia de un culpable. La escritura es dictado de un ente supremo e inaprehensible: Dios. Yerro si niego mi ignorancia. Todo hombre es ignorante porque, pese a su sabiduría, se confunde al ejecutar actos triviales: caminar por el cielo, practicar la metempsicosis, viajar a través de los más remotos sistemas solares o prodigar una acertada teoría del origen de la vida.

En todo escritor hay influencias favorables. Me han influido: Schopenhauer, Heidegger, Hegel, Spinoza, Platón, Descartes, Copi, Heráclito y otros. Esos autores, de una u otra forma, coexisten ontológicamente y son mis maestros post-mortem. Yacen inexistentes, lo sé, pero la muerte no es la más absoluta de las verdades. Sólo el suicidio lo es; y la náusea que le precede, la sensación de estar a punto de vomitar, es el mejor síntoma de que vivimos la plenitud.

Doy fe de mis mezquinas atribuciones: construir un mundo narrativo que incite a reflexionar, hacer filosofía con mis actos y encontrar epifonemas. Los últimos son la savia del juicio que me honro, por mandato, presidir. Soy enemigo de la ficción: aquélla que presenta al mundo tal cual nuestros ojos lo ven. El folklorismo en la literatura es como la impaciencia en un budista: profana. Cuido mis textos de ese mal porque confisca a los autores a frívolas recompensas

materiales, y no trasciende. Triunfa más quien durante su vida sostuvo su locura que quien, por cobardía, asume el papel de imbécil con miméticos penamientos.

Nunca me he exigido algo superior a mi capacidad y fuerza, por mi inclinación a la humildad. Mi única ambición es hacer una obra que perdure: porque, donde hay vida, nada es más importante que el pensamiento. La escritura es, creo, la mejor de las actividades humanas. He sido feliz por mi vocación, e infeliz por la ausencia de pensadores. El mundo me lastima cuando juzga mi vida a través de aparentes argumentos, pero yo lo afronto.

Poseo muchos temores, lo que me da la convicción de que soy mortal. Por ejemplo: temo a lo finito, aunque no más que a mí mismo, y a la paranoia. Mis acciones son lo superlativo de mis pensamientos, aún: por eso lo finito y ellas se odian. Vivo en constante batalla con mi ente físicamente agotable porque, y parece axioma, me hizo dudar de mi otro ente: el espíritu. Hoy la escritura me ha desvelado ante mi forma trascendente: la luz, según leyes de la Era Nuclear. No creo en quienes jamás reflexionan; no creo en los textos que se reducen a descripciones, ni en el orden que rige la sintaxis tradicional: pero sí creo en la palabra, en la acepción que de otros mundos pueda poner en evidencia. Y creo en la perfección que me da un minuto de libertad absoluta.

Alberto Jiménez Ure
Caracas-Mérida, 13 de abril de 1981.



<http://www.mundopoesia.com/foros/temas/valoraciones-sobre-obras-literarias-de-j-ure.726867/>

<https://logicaycriticadeldiscurso.wordpress.com/author/jimenezurescritor/>

<https://cupdf.com/document/prontuario-literario-del-escritor-j-ure.html>

https://everipedia.org/wiki/lang_en/alberto-jimenez-ure